DIARIO DE SESIONES

DE LAS

CORTES CONSTITUYENTES

DE LA REPÚBLICA ESPAÑOLA.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. D. JULIAN BESTEIRO FERNANDEZ

SESION CELEBRADA EL DIA 28 DE JULIO DE 1931

SUMARIO

Abierta a las cinco y veinticinco minutos, se lee y aprueba el acta de la anterior.

Promesa de varios Sres. Diputados.

ORDEN DEL DIA.—Gestión del Gobierno provisional de la República y resignación de sus poderes ante las Cortes: discurso del Sr. Presidente del Gobierno.—Discurso del Sr. Fanjul.—Idem del Sr. Barriobero Herrán.—Contestación del Sr. Ministro de Hacienda.—Manifestación del Sr. Presidente.—Rectificación del Sr. Barriobero Herrán.—Proposición incidental del Sr. Cordero y otros solicitando el nombramiento de una Comisión parlamentaria investigadora de los sucesos recientemente ocurridos en Sevilla.—Forma de discusión propuesta para este asunto por el señor Presidente.—Discurso del Sr. Cordero en apoyo de la proposición.—Manifestaciones del Sr. Ministro de la Gobernación.—Queda tomada en

consideración.—Adhesión del Sr. Guerra del Río en nombre de la minoría radical.—Aclaración y rectificación hechas por el Sr. Cordero.—Manifestaciones de los Sres. Botella Asensi, Compagnys, Franchy Roca, Villar Ponte, Tapia, Blanco, Martínez de Velasco, Fernández Clérigo y Beunza, adhiriéndose a la proposición en nombre de las minorías que representan.—Idem del Sr. Samblancat, oponiéndose a la proposición.—Declaración del Sr. Ministro de Hacienda.—Queda aprobada la proposición.—Manifestaciones del señor Presidente, relativas al nombramiento de la mencionada Comisión parlamentaria.—Se suspende la discusión.

Elección de Comisiones permanentes: observaciones del Sr. Presidente.

Elección de la Comisión de Constitución.

Elecciones de la circunscripción de Orense: creencial.

ORDEN DEL DIA PARA MAÑANA.—Se levanta la sesión a las nueve y veinticinco.

Abierta la sesión a las cinco y veinticinco minutos de la tarde, se leyó y fué aprobada el acta de la anterior.

Prometieron el cargo de Diputado a Cortes los siguientes señores:

Molina Moreno.
Sbert.

Palet.
Bort Olmos.
Ayesta.
Figueroa y Torres.
Sánchez Román.
Aizpuru.
Marcial Dorado.
Velasco Coffin.
Rodríguez Castelao.
Grau.

Carrasco Formiguera.
 Samblancat.
 Dolcet.
 Oreja Elósegui.
 Domínguez Barbero.
 Campaláns.
 Santaló.
 Ventosa Roig.
 Roldán.
 Templado Martínez.
 Figueroa O'Neill.
 Suñol Garriga.
 Ruiz Funes.
 Calot Sanz.
 Pittaluga.

ORDEN DEL DIA

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor Presidente del Gobierno provisional.

El Sr. Presidente del **GOBIERNO PROVISIONAL** (Alcalá-Zamora): Señores Diputados, llega, por fin, la hora de vuestra soberanía, porque llegó el instante de rendir ante vosotros aquellos poderes supremos que tuvimos la decisión de asumir, la honra de ejercitar y la satisfacción de entregarlos.

El Poder, en estos momentos, en estas horas, es, ante todo, responsabilidad. Ese concepto que en él se destaca determina la distinta ansiedad, la diferente satisfacción entre vosotros que lo recibís y nosotros que lo entregamos; pero ello también marca la naturaleza, la extensión y aun el tono del discurso que yo tengo que pronunciar.

Cábeme la alegría de haber contribuido, en las distintas intervenciones, a aquella sobriedad que es el tono honroso y característico de los debates de la Cámara. En el día de hoy, obligado a rendir cuentas, que tienen que ser diáfanos, de una gestión que fué difícil, pedidme tan sólo que conserve la llaneza del tono cual lo deseo, pero no los apremios del horario ni la obsesión de la medida. Quiero que todo, sin cansaros, sin prolijidad, pero con el detalle y claridad bastantes, quede perfectamente explicado.

Si queréis seguir el rumbo de nuestro pensamiento, fijaos en cinco realidades que, determinando otros tantos convencimientos, trazaban cinco directrices para nuestra acción. Recibíamos el Poder de una revolución resuelta, extensa, pacífica, que no teníamos el derecho de frustrar en su tendencia, de dividir en sus componentes, de envilecer en sus métodos. En segundo lugar, recibíamos del pueblo, del modo inequívoco a que luego habré de referirme, unos poderes plenos, cuya plenitud, si era una potencialidad ineludible, no era un acto de agotamiento forzoso. Eramos un Gobierno de coalición en cuya heterogeneidad estaba la fuerza y estaba la amenaza de una disensión que pusiera en grave peligro la República, y teníamos que traducir en actos el denominador común de nuestra significación, la transacción máxima posible de nuestra concordia, evitando, en cambio, cuanto pudiera romper la

unidad de Gobierno. Eramos un Gobierno provisional, preparatorio de la obra de una Asamblea, y teníamos que realizar, en un deslinde de imponderables, difícil y, sin embargo, sencillísimo, la demarcación por problemas de aquello que habíamos de entregaros intacto, de aquello que teníamos que haber realizado previamente. Y, por último, éramos, en una singularidad de la revolución española, un Gobierno que reemplazaba, no a una tirantez transitoria del autoritarismo que hubiera determinado el choque con el pueblo, sino a una obra sistemática prolongada, que parecía perpetuarse para ignominia de España, de una Dictadura que había roto por completo la tradición del sentido jurídico español, toda la obra en que se filtraba la herencia de la Revolución de 1868 y el espíritu en que la Restauración transigiera con los republicanos del 73. Esas cinco evidencias, esas tantas directrices marcaban la obra del Gobierno y la definían, en primer lugar por la última a que he aludido: la revisión de la obra de la Dictadura.

Si la Dictadura hubiera sido la pesadilla de unos días, no la vergüenza de unos años, no había problema, no había duda, era sencillísimo: nulo y no ocurrido, inexistente el período dictatorial; pero al cabo de ocho años de Dictadura, creadas situaciones jurídicas complejas en torno de preceptos ilegítimos; incorporadas, en medio de sus errores y en medio de sus despotismos, exigencias del derecho de nuestro tiempo, imperativos de realidades indestructibles, en muchos de sus preceptos, ¿cómo habíamos de proceder? Habíamos de proceder combinando dos inflexibilidades de la vida: la inflexibilidad de las doctrinas, que viciaron de nulidad todo lo hecho; la inflexibilidad de los hechos, que proclamaban la fuerza pujante, indestructible, de la situación que se había creado. Entonces, si, en definitiva, dejando en pie algo, no poco, bastante de la obra dictatorial, había un castigo para los intereses, había una vergüenza para nuestra significación, el castigo y la vergüenza eran la sanción inevitable de la mansedumbre con que durante muchos años se soportara, aun cuando, en definitiva, estuviera redimida por la sacudida con que de una vez nos libertáramos.

En ese convencimiento, seguros del método, practicando un análisis, en el cual la huella de la pasión violenta, la huella de la venganza impulsiva se perdía por completo, clasificamos los actos de la Dictadura en cuatro grupos, y el primero, el más importante, el básico, el de los Decretos-leyes, en otros cuatro. La obra de la Dictadura era leyes, actos administrativos, gestión de magnos intereses nacionales, problema de responsabilidades políticas y de gestión. Y el problema de los decretos-leyes, el primero que surgía, aquel que era necesario derribar y conservar, barrer y reconstruir, aquel que permitiría, una vez resuelto, formarse idea de cuál había sido el cuadro normal de nuestras instituciones jurídicas, ese lo clasificamos, seguros de acertar en el método, en cuatro grupos: preceptos cuya derogación era obligada para la República, pero sin acometer la obra

temeraria de destruir toda la firmeza de situaciones jurídicas inmovibles o creadas de buena fe en torno a su vigencia; agravios a la civilización, atropellos de orden penal, negaciones absolutas de libertad, en los cuales la ejemplaridad pedía que con el precepto cayeran todas las situaciones monstruosas que a su amparo se habían creado; preceptos de mera vanidad suntuaria, faltos de técnica jurídica, que se atribuyeron el carácter de decretos-leyes, cuando no eran sino el uso normal de la potestad reglamentaria, y bastaba reducirlos a su rango; y allá, en el último grupo, lo que más habíamos de analizar, lo que mejor habíamos de medir: los escasos aciertos ocasionales, incorporación unas veces a rumbos del derecho social, exigencias de convenios internacionales, atisbos de acierto que se mezclaron entre el error o aquellos imperativos de realidad que antes me refería. Y trazada en un decreto, el mismo día 15 de Abril, la pauta clasificadora de la obra legislativa de la Dictadura, en cuyo cuadro de clasificación se ve la serenidad de un criterio jurídico y de gobernantes, no el apasionamiento de unos facciosos que asaltan el Poder, cada Ministro emprendió una labor improba, que era imposible que la Cámara la realizase por sí. Y aquella legislación, que es balumba que llena tomos enteros de nuestros anales y de nuestras colecciones, fué clasificada, sometida a tamiz, comprendida en los grupos, hecha la disección, llevando, a veces, cada artículo, y en ocasiones el párrafo de un artículo, al grupo en que su naturaleza, su utilidad, su posibilidad de destruirle le encajaba.

Esa fué la primera de las obras que teníamos que acometer, imposible de confiar al Parlamento en la preparación analítica, porque hubiera absorbido todo vuestro tiempo; no definitiva ni irreformable, porque, a partir de mañana mismo irán viniendo ya, con la preparación, con el método, con la guía, para someterlos a vuestra decisión soberana, todos los cuatro grupos y el uso que de ellos se ha hecho en cada uno de los Ministerios.

Los actos administrativos.—Los actos administrativos, en el deseo, a la vez péfido e ingenio, de fortificarlos contra la desaparición de aquel régimen, de hacerlos invulnerables para una obra revisora de justicia, habían revestido muchas veces en la forma el carácter de Decretos-leyes. Para que la República pudiera defenderse contra los abusos del sistema, para que aquella precaución fuese ilusoria, tras de haber restablecido y prolongado el plazo que permite declararlos lesivos más allá de su extensión farisaica, computando el término desde que cayó la Dictadura, porque sólo entonces podía ejercitarse la acción, declaramos en otro de los preceptos que esa solemnidad, impropia del Decreto-ley, aplicada al acto administrativo, no le hace de mejor condición de la que le traza su naturaleza; conserva el de acto administrativo y el de resolución de tal índole, y permite todos los remedios restauradores del derecho que a su índole se avienen, aun cuando con el nombre se pretendiera apartarlos.

Pero ya en los propios actos administrativos

surge, en un lindero difícil e impreciso, fijado por la magnitud más que por la naturaleza, el tercero de los grupos, aquéllos actos en los cuales no era la medida pequeña del favor colmado en provecho de una clientela, en beneficio de un adepto, era el compromiso, la hipoteca, el gravamen sobre magnos sectores de la economía nacional. Entonces, tras de alguna medida que se adelantó, dictada por el celo indignado y ardoroso de la rectitud del Ministro de Hacienda y de algunas otras que al Consejo propuso, y ante la Cámara aparecerán, la rectitud a su vez ardorosa e indignada del Ministro de Fomento, comprendimos que no bastaba el remedio de entregarlos a los Tribunales; eran actos ya de una naturaleza compleja, en torno a los que se había ido creando una red de intereses, una serie de situaciones jurídicas, algo tan sutil y tan recio a la vez que en el fallo escueto de un Tribunal no tenía su remedio, que en la obra legislativa quizá tampoco, que sólo se podía resolver por la autorización que os habremos de pedir para que el Gobierno, bajo su responsabilidad, busque la solución, no de albedrío, pero sí de ley y de equidad, que resuelva esos problemas. Y a las Cortes las resoluciones más graves, aquellas que crearon una verdadera enajenación de intereses afectos a la soberanía, aquellas que contrataron con entidades que podían representar otra potestad de hecho establecida frente a la potestad inalienable de la soberanía nacional.

Y quedaba, por último, el problema de las responsabilidades. ¿Cuál era el deslinde de atribuciones entre el Gobierno y las Cortes? Era éste: al Gobierno prevenir, a las Cortes acusar, a las Cortes dotar de órgano, de cauce y de medida para que las responsabilidades fuesen por una vez efectivas en España. Cualquier órgano de poder que el Gobierno provisional hubiese creado para juzgar las responsabilidades de la Dictadura, o era inadecuado, o era sospechoso. Si acudía a los organismos permanentes de la Justicia, encontraría la inadaptación de su sentido, de su función, de su criterio y de su origen para juzgar estas responsabilidades; hallaría reproducido y agravado aquel desacuerdo entre el criterio tradicional y halagador de los Tribunales y el sentido en que tiene que inspirarse una revolución, que fué el primer choque de la francesa con los Tribunales de su tiempo y una de las causas determinantes del predominio que adquiriera allí la jurisdicción administrativa. Si creaba el Gobierno el órgano de jurisdicción por una medida unilateral y exclusiva suya, aquel era el Tribunal de excepción, aquel era el Tribunal recusable; mientras que el órgano de jurisdicción que vosotros defináis, que vosotros reguléis para hacer efectivas las responsabilidades, es la autoridad legítima que emana de la soberanía plena, con toda la sensibilidad, con toda la idoneidad bastantes para que puedan exigirse las responsabilidades, sin que nadie se sienta víctima del atropello ni del abuso de pasión presunta de los antiguos perseguidos, dueños luego del Poder. **(Muy bien.)**

Y éste fué el bosquejo de nuestras tareas en torno a la obra de la Dictadura, que, repito,

va a ser sometida a vosotros en condiciones de examen. Entonces podréis juzgarla. Por lo pronto, yo os anticipo que no ha habido una precaución que dejáramos de adoptar, cuando ha sido posible, porque, otras veces, la fugaz confesión de la falta se anticipó, en las primeras horas, a la adopción de nuestras determinaciones. Con reniego y desagrado de nuestra significación liberal hasta la medula, hemos mantenido las prisiones preventivas que fueron posibles, para que no escapase quien estaba al alcance de nuestras manos a la justicia de vuestras sanciones. **(Muy bien.)** No nos hemos detenido ni en la incautación de caudales privados, cuya formación, por inverosímil, y cuya constitución, por sospechosa, hiriera el sentido de justicia de un país que veía empobrecida su fortuna por la gestión del poder personal; pero más allá de la incautación, no; que todo eran medidas de precaución para que pudierais decirnos: ni una previsión falta, pero ni un acto definitivo habéis ejecutado. Hemos tomado todas las precauciones para que vuestra obra sea completa, y la nuestra, en cambio, sea rectificada.

Pero no bastaba liquidar la obra de la Dictadura, prólogo difícil, excepcional e inevitable de la tarea de este Gobierno. Había que establecer los cimientos que marcaran los rumbos de la revolución, y una de las preocupaciones, que yo creo conseguida, es aquel anhelo de todas las democracias, aquel empeño de todas las Repúblicas, que muchas veces, aun después de instauradas, han tardado años y decenios en afirmar la constitución de un Poder civil. El Poder civil del que tanto se habla, y tantas, a veces, se incurre en error, se define por exclusión, por deslinde, por atributo; representa, al propio tiempo, espíritu y energía; es la iniciativa del pensamiento libre y la seguridad de la fuerza sometida; es un Poder que se yergue independiente, a la vez, de la coacción de la Iglesia y de la amenaza del Ejército; y ese Poder civil, ensueño de toda democracia, empeño de toda República, creemos que lo hemos esbozado, y creemos más: que lo hemos definido, para que tengáis los materiales con qué trazar la obra definitiva.

Hemos llegado hasta donde podíamos en la expresión, en la coincidencia de nuestro significado. Afirmada plenamente la libertad de conciencia y la libertad del culto, que en el librepensador es la concesión y en el creyente es el tributo de su fe a la sinceridad de otra fe, que puede tener los mismos fervores y el derecho recíproco para reclamar cuando se encuentra en otro país donde existe otro predominio **(Muy bien.—Aplausos)**; afirmada la libertad de la vida civil frente a la vida y esbozada su seguridad y su neutralidad frente a la muerte, la labor del Ministro de Instrucción pública completó la independencia del criterio civil en torno a la enseñanza, pero, fijaos bien, con aquella moderación que al Gobierno imponía su prudencia y que le recordaba su composición. Ni en esto, ni en relación con el Ejército, fuera de la afirmación de independencia necesaria, jamás la arbitrariedad, que sanciona la injusticia por la imprudencia, cuando en los excesos de la lucha civil se apo-

dera del ánimo republicano; siempre la fórmula neutra, respetuosa y ecuánime, absolutamente defendible y absolutamente aceptable por todos, porque si en el orden de la conciencia y del culto era la libertad, en aquellas medidas que el Ministro de Instrucción pública proponía, remate o base, que son las dos cosas, del esfuerzo creador de las 7.000 escuelas que redima del analfabetismo, por encima de todos los enconos, de todos los disfraces que el espíritu sectario pueda señalar, hay un criterio de santa tolerancia y de amplia libertad. De suerte que cuando él proponía las medidas, expresión de su pensamiento, libre de la huella de todo prejuicio religioso, podíamos aceptarlas hombres que llevamos en el alma grabada, y que no lo ocultamos jamás, aun cuando estemos ante público de distinto predominio, la huella imborrable del libro para mí más grande, más emocionante y más santo de cuantos conoce la Humanidad; porque mi pluma firmaba aquellos Decretos sobre la enseñanza de la infancia recordando el texto, que ningún excepticismo dejará de presentarnos como uno de los más grandes de la Humanidad, como ejemplo y autoridad dogmática para mí el primero: "Dejad que los niños se acerquen a mí." Dejar, que es no prohibir, pero no imponer, permitir que el alma infantil se acerque a la enseñanza del Evangelio **(Muy bien)**. Y así pude firmarlos y así los firmé —de ello no me arrepiento—, y en nombre de distintos criterios, comparto con el Ministro de Instrucción pública la responsabilidad de la medida **(Muy bien)**. Y hemos llegado a afirmaciones de esa naturaleza, a avances del Derecho público, a la constitución del Poder civil con rozamientos inevitables, dadas las características de nuestra raza y el predominio existente en nuestra sociedad; pero ¡ah!, hemos llegado sin ninguna ruptura de relaciones, sin ningún conflicto áspero, sin ninguna hora difícil, sin ningún momento de inquietud y, como prueba de la cohesión espiritual del Gobierno, cuando hemos tenido que contestar a los reparos corteses y a las objeciones previstas de la potestad espiritual, hemos contestado tres hombres, el Ministro de Justicia, el Ministro de Estado y el Presidente, y yo os aseguro que era tal la concordancia en la medida de la forma y en la defensa resuelta del Poder civil, que, si se leen las contestaciones sin las firmas, no podríais encontrar siquiera ni aquella huella distintiva de "el estilo es el hombre"; hemos sabido los tres realizar la misma obra con el mismo convencimiento **(Muy bien)**.

Independizarse de una huella espiritual para someterse a una huella de fuerza, no es libertarse, es envilecerse. Y paralela a la afirmación de un Poder civil, independiente en su criterio, estaba la de un Poder civil independiente en su fuerza. Y han venido las reformas militares con todo su radicalismo meditado, con toda su audacia reflexiva, con toda su prudencia resuelta; han venido esas podas gigantescas, que sólo un Poder revolucionario podía hacer, pero que un Poder militar necesitaba desear, porque cuando parece atrevido extremo el plan del Ministro de la Guerra, que reduce el Ejército, podemos decir, a diez divisiones,

equiparando a una el conjunto de los servicios que no encuadran dentro de las nueve orgánicas, yo tengo el deber de recordar que en 1923, en condiciones menos favorables para ello, con el asesoramiento del Estado Mayor Central, era mi propósito haberlas reducido a catorce. Y es, señores Diputados, que mientras existieran los doscientos treinta oficiales generales y los veinticinco mil oficiales, el Ejército en España era una ficción sumaria y no podía ser una realidad defensiva. De suerte que la reforma democrática es, a la vez, la reforma técnica; el criterio político coincide con la eficiencia, y en nombre de esa supresión será posible el Ejército.

Y la justicia que se debe a las reformas de Guerra, a las cuales se la tributa el país por la notoriedad, yo la extiendo a las de la Marina, más ocultas por su menor volumen; pero, sin embargo, rindiendo un tributo de justicia, que la propia modestia lo hace necesario, afirmo que el Gobierno se siente orgulloso de las modificaciones llevadas a cabo en los dos servicios.

¿Hemos hecho algo? ¿Ha significado nuestra obra un avance? ¿Es una revolución? Completada con las modificaciones en torno a la justicia, que no han sido sólo el restablecimiento del Jurado, con las reformas de nuestra modelación jurídica, ¿supone un cambio importante?

Cuando se ha realizado una marcha, para medir la extensión de ella, para calcular la distancia recorrida, conviene, a veces, desde un punto destacado del camino, mirar a otro que se destacaba también. Se aprecia entonces la distancia recorrida, y yo, con un solo ejemplo, voy a invitar a la Cámara a que mida la longitud y la importancia de la etapa que hemos cubierto. Mirad, allá lejos, aquella ley ominosa de Jurisdicciones, que nadie se atrevió a retocar, y que nosotros derogamos de una plumada y por completo. Pero miradla, ¿desde dónde? Desde la Sala de Justicia militar, incorporada, con supresión del Consejo Supremo, al Tribunal único de Justicia civil; y miradla en el día de ayer y en el de hoy, en que, como afirmación de ser una verdad, por primera vez en España, la unidad de fueros sin distinción, un magistrado de esa Sala, que procede de la Justicia civil, que en el ejercicio de la jurisdicción ordinaria adquirió práctica y hábito, va a investigar hasta el fondo, en Sevilla, si existe el menor motivo para la sospecha de una extralimitación de la fuerza. Medid la ley de Jurisdicciones, allá, y esta plenitud del Poder civil, ahora, y cuando midáis la distancia, decidme si se ha recorrido una etapa, si no hemos hecho una revolución, si los tres meses no representan más que un siglo en el transcurso de nuestro derecho, si no parece que ha habido un desplazamiento geográfico en la latitud y en el meridiano de la vida española hacia otros horizontes. **(Muy bien, muy bien.)**

Reclama con apremio mi ánimo, esperáis vosotros, sin duda, con mayor interés, que yo aborde, en vez de eludirlo, el problema del orden público. Quizás si nosotros fuviéramos que acogerlos a habilidades de defensa, no diría a resortes de curia, podríamos decirlos que aquellas dificultades de orden público, con las cuales hemos te-

nido que luchar, y aún luchamos, son los gajes ordinarios del oficio, son las incidencias cotidianas de la vida, acrecentadas por lo violento de las conmociones sociales, endosables o repudiables, herencia que se acepta a beneficio de inventario, a los yerros de la Dictadura, y exacerbadas por la tragedia de dos cosechas malísimas de estío y una cosecha casi nula de invierno. Todas esas atenuantes podríamos alegar; pero no. Con toda sinceridad, sin habilidades, los conflictos de orden público que han surgido a nuestro paso no son, en la empresa del Poder, de los que pueden llevarse a la cuenta de operaciones. Reconozco que corresponden a la de establecimiento. Son la complicación ineludible, la continuación fatal de aquellas violencias inevitables en todas las revoluciones, incluso en las más pacíficas, como la española. Son, sí, una prolongación extraña, pero natural, que sigue a todos los procesos revolucionarios. Aceptémoslas como tal, pero después de recordar todas aquellas con que hemos tenido que luchar y las que atravesamos ahora, yo os digo que cuando se haga el balance completo—y pronto llegará la hora de cerrarlo—de los trastornos, de las sacudidas del orden público en España, esta Revolución española, que no pudo ser, era imposible, quizás no habría sido ni conveniente, aquel prodigio pacífico de las jornadas del 12 al 14 de Abril, seguirá presentándose ante todas las conmociones similares del mundo como la más ordenada, como aquella en que pagó menor tributo la vida, menor contribución la fortuna y menor desprestigio el principio de autoridad. ¡Ah! Pero más interesante que el balance es, en el orden moral, el mantenimiento del concepto del orden público. ¿Hemos sabido mantenerlo? ¿Hemos claudicado? ¿Nos hemos salido de la concepción correcta, decorosa y confesable del orden público para un Gobierno? No. El orden público, el mantenimiento de él, no se mide por un manómetro de violencias; se mide por una autoinspección de seguridad del criterio propio. Es decir, que es dueño del orden público, que no claudica con la revuelta, que no se humilla y que no se envilece sometándose a los alborotadores, no aquel que reprime con violencia, sino aquel que es dueño de su voluntad, seguro de su concepto, apreciador de las necesidades, balanza en que mide todos los inconvenientes y llega en la elección de ellos a la solución, a la medida de represión, si es preciso, a la opción de desgaste y daño que le parece la menos perturbadora para la vida nacional; y nosotros hemos sido siempre dueños de nuestra voluntad, dueños de nuestro concepto, jamás en avenencia y en pactos con la revuelta.

Yo me atrevería a decir más; yo me atrevería a decir que, si cupiera en los hechos del orden moral aplicar las fórmulas matemáticas y rígidas de las leyes físicas, la severidad en la represión de los trastornos de orden público suele y debe estar en razón directa de su importancia; pero suele estar en razón inversa de la fortaleza de los Gobiernos, porque, a veces, los excesos de la represión son la conciencia insegura del titular

del Poder, el temor de abandonarlo. Y, sin ir más lejos, la tragedia de Huesca, con todos sus horrores, aquellos fusilamientos, con toda su injusticia y su temeraria crueldad, son la ceguera de un Poder que estaba ya en el ocaso y que reprimió los trastornos de orden público con una violencia que era el presentimiento de su agonía. **(Muy bien.)**

Hemos sido, pues, dueños de nuestro concepto del orden público. Lo hemos graduado según las circunstancias, y venimos, así, graduándolo, sin una transgresión de la ley, sin consentir una iniquidad, experimentando la zozobra del más sensible ante la sospecha de que pueda existir. Pero tenemos también la obligación de advertir, por lo mismo, que los desbordamientos de orden público son crecidas inevitables que acompañan al torrente de una revolución. Existe una hora, llega un momento en que la razón exige que las aguas pasionales recobren su nivel, o sea que llega una hora en que hay que ser más severos en el mantenimiento del orden, y más severos tenemos que ser, siempre dentro de la ley, si nos encontramos con el desbordamiento sistemático de una violencia insensata, que quiera destruir la vida económica de España y poner en peligro la fuerza de una república naciente y el poder de una Asamblea recién reunida. **(Muy bien.)** Es decir, que, como el peligro de la República no está en la restauración, imposible en la vida española, sino en acogerse por temor a la Dictadura, la República española y el Gobierno que la dirija tienen que dar la sensación de que en España la Dictadura, de tan funesto recuerdo, no se necesita ni para mantener el orden público, porque, dentro de la ley, sabe conservarlo el Gobierno de la República. Y esa creencia es la que hay que destruir en las gentes timoratas, que entregan la libertad al dictador por salvar el orden, y en las gentes aparentemente audaces, que sorportan con mansedumbre indigna los años del poder personal para dificultar con una impaciencia criminal los comienzos de una democracia. **(Muy bien.—Grandes aplausos.)**; gentes timoratas y gentes audaces, que parecen el extremo de la psicología colectiva y tienen por común denominador el miedo, y hay que enseñarles que el poder de la República, siendo justo, sabe ser fuerte, para que desaparezca la pusilanimidad de los unos y la audacia de los otros. **(El Sr. Samblancat pronuncia durante largo rato palabras que no se entienden claramente y que provocan enérgicas y prolongadas protestas en casi toda la Cámara.—El Sr. Presidente agita la campanilla, reclamando orden.)**

A cada uno le llegará su momento, en el que expresará su parecer y emitirá su voto. Sigo la exposición de la obra del Gobierno y del criterio a que ha obedecido.

Problema de Cataluña. En torno al problema de Cataluña había un deslinde, sencillísimo una vez encontrado, propenso, sin embargo, a desorientar, para distinguir el campo de atribuciones del Gobierno provisional y el campo de potestad de la Asamblea Constituyente; problema

de sentimiento escarnecido, de idealidad agravada y problema de atribuciones a compartir y a ejercitar armónicamente, imposible de limitar lo segundo mientras la pasión irritada en lo primero lo frustrase. Tarea del Gobierno provisional: restablecer la cordialidad, dar satisfacción plena al sentimiento, preparar la efusión del alma catalana con la de todos los pueblos de España y dejar íntegro al voto en Cataluña y al voto en el país, a la expresión de la voluntad que apoye el Estatuto y a la ley que aquí apruebe la Constitución, la delimitación serena de las atribuciones como un problema de poder que no pone en peligro intereses morales supremos. Hicimos lo primero sin acometer lo segundo, y llamamos al Gobierno a los Ministros catalanes para que fueran los testigos de nuestra buena fe y de nuestro afecto, como todos nosotros lo éramos de su desvelo igualitario por todos los intereses de España; y con dos Decretos y dos viajes, con una efusión sincera, faltos de recelos y de prejuicios, no sólo hemos hecho posible que serenamente se discutan luego las discrepancias que pueda haber entre afirmaciones del Estatuto y criterios de otros partidos representados en la Cámara, sino algo más difícil, señores, presagio de buen augurio para la discusión constitucional, y es que en el período provisional, entre Gobiernos de hecho, entre autoridades revolucionarias, entre la Generalidad, restaurada en Cataluña, y el Gobierno provisional, que se apoderó del Poder en España, se haya podido mantener intacta una legislación que todos convenimos en que es arcaica, que todos declaramos que es centralizadora y que, sin embargo, se ha podido practicar y cumplir sin el menor rozamiento, sin el menor conflicto, como signo, repito, de aquella atmósfera serena en que se podrá discutir aquí el problema de las atribuciones constitucionales.

Los problemas sociales. Aun sin el concurso eficacísimo del partido socialista para el buen éxito de la revolución, era programa común de todas las fuerzas republicanas, de todas, entendedlo bien, incluso de las más gubernamentales, creyendo responder con ello a su significación, satisfacer las ansias de justicia social que están en el ambiente de la civilización contemporánea y en el sentimiento de equidad de España. Y hemos hecho no poco con la obra de ese insigne Ministro del Trabajo, obrero manual que ha sabido dar lecciones de gobernante a muchos hombres de carrera, y en la obra del Ministro de Economía, que, sobreponiéndose a tradiciones o influjos de clase, ha sabido arrostrar en la más discutida, pero quizá en la más necesaria de las medidas, el enojo de los factores que podían vivir más cerca de su ambiente. El seguro de maternidad, y el subsidio para ello, y la ratificación de los convenios internacionales, y la compilación rectificadora de todas las leyes que regulan la jornada de trabajo, la extensión de los accidentes a la agricultura, los jurados mixtos y la implantación de medida tan radical como los arrendamientos colectivos forzosos, y el desarrollo de la cooperación, sostén de todas las instituciones sociales, y otros muchos preceptos que omito, han ido apareciendo

en la "Gaceta". Pero ¿esa es la obra social a que se comprometió este Gobierno? ¿Eso es todo? Pues con ser tanto, eso es una parte del programa que tenemos convenido, del programa que tenemos pactado, y ahora yo, con la misma espontaneidad que mi pluma trazara la renovación de compromisos en el decreto de convocatoria, me torno hacia los tres Ministros socialistas del Gobierno y les digo: Pase lo que pase, como consecuencia de este debate, la parte de programa social que está pactada y no está ejecutada tiene de nuevo el aval de nuestras firmas, renovadas públicamente, sigamos en el Gobierno o estemos fuera de él, porque no nos concordó la ambición para escalar la "Gaceta", nos hizo transigir el convencimiento para realizar pacíficamente la revolución social. **(Muy bien. Aplausos.)** Y a las gentes de orden, a las gentes de extrema derecha, a los que representan el interés que posee, a los que han solicitado de nosotros que ciertas reformas, las más trascendentales, vengan a las Cortes, si la urgencia lo permite y nuestro deber por ello lo consiente, les hacemos esta advertencia: el trámite no es dilación. Pedís el Parlamento como garantía: pues sabed que la garantía se desnaturaliza y se envilece cuando se convierte en fraude y que no estamos dispuestos a traer una reforma a las Cortes para no realizar el ideal de justicia a que aspiramos.

La República española ha sabido tener una política exterior; en cien días ha marcado en el Mundo una huella, un rumbo propio, con toda la espontaneidad original del significado que la institución envuelve, con todo el respeto fidelísimo, cuidadoso de aquella continuidad histórica, superior a las transiciones políticas de los pueblos, sin la cual la política exterior, entregada a las mudanzas de los partidos, sería la destrucción de los intereses de un país. Y haciendo presente que nos damos cuenta de la limitación de nuestros medios materiales y de lo reducido, a veces casi nulo, de nuestro interés egoísta en los conflictos que agitan a Europa, hemos hecho saber, por la voz autorizada y afortunada del Sr. Ministro de Estado, en Ginebra, y por nuestras comunicaciones, singularmente con América, que España sabe que conserva y va a acrecentar, recobrándola, la bastante fuerza moral para ser un factor de paz en el concierto del Mundo, y para que esa sensación de paz sea más completa, que no se dibuje siquiera la perspectiva de una lucha de continentes (porque la raza y la civilización a que pertenecemos están desparramadas desigualmente entre el nuevo y el viejo mundo), nosotros tenemos que representar, o no significaríamos nada, un obstáculo a todo intento de lucha. De suerte que hemos sabido tener una política exterior y por primera vez (me atrevo a decirlo) una política americana que se salga de la solución verbalista y vaya a la realidad, dándoles a los pueblos del otro lado del Atlántico la sensación, no de una supremacía que pretendiera sujetarlos con el yugo de una institución que ellos habían sacudido, y si la semejanza de ideario, de fórmulas políticas y de estructura social que permitiera en una confraternidad igual convivir, sin que hubiera más dife-

rencias que aquella veneración que en ellos se mantiene y aquel amor que en nosotros es natural.

¡Lo que no hemos hecho! Yo podría añadir muchas cosas, pero creo que no perderá el resto de mi discurso si me dedico a explicar lo que no hemos hecho. No hemos hecho, y es ése un reproche que podría surgir en algunos, ni una revolución violenta en los medios ni una revolución extremista en las tendencias.

¿Por qué no lo hemos hecho? Porque, sobre envilecer el nacimiento inmaculado de la República española, si hubiéramos hecho una revolución violenta, era un anacronismo para lo que tiene de política, y era una semilla de criminal imprudencia para lo que tiene de social. Y no hemos hecho una revolución extremista en las tendencias porque, sobre ser incompatible con la cohesión y la subsistencia del Gobierno, una revolución extremista en las tendencias era la posibilidad del retroceso, la discusión de las afirmaciones; mientras que así, Sres. Diputados, no habrá nadie, con ánimo sensato y esperanza fundada, que pretenda destruir ninguna de las conquistas que el Gobierno provisional aporta, y queda, en cambio, el camino expedito y llano para todos los avances más radicales en el momento en que la voluntad del país lo quiera y la viabilidad de la sociedad española lo permita.

No hemos hecho tampoco una política monetaria, y no la hemos hecho conscientemente, no la hemos hecho decidida, resuelta, porque no íbamos a incurrir en los reproches que dirigiéramos ante conatos parecidos a instituciones que nos precedieron. Es que, sin una Asamblea Constituyente, sin una voluntad nacional manifestada, los magnos sacrificios, los posibles quebrantos de intereses totales que supone una reforma monetaria, no hay autoridad moral bastante para acometerla. Es que no hay ambiente de tranquilidad en el cual se desenvuelve el crédito, se establece la confianza y se asienta el cambio, mientras no esté completamente normalizada la crisis política de un pueblo. Es que con esas dos consideraciones nosotros nos anticipábamos a ejemplos, que quizá la realidad fuera a brindarnos, del peligro inmenso que supone una estabilización prematura, por prodigiosa que sea, algo parecido a una falsa cicatrización cuando subsisten los motivos económicos y políticos que determinaron una crisis de moneda. Pero, sin haber traído una política monetaria definida, porque era nuestro deber no traerla, nos hemos preocupado de aquella labor previa de saneamiento, sin la cual toda política monetaria es imposible, y severo el Ministro de Hacienda en la administración del Presupuesto, ayudado por el sacrificio de sus compañeros, señaladamente el de los de Guerra, Marina y Fomento, con la poda inevitable en aquella prodigalidad que sembró a voleo el furor dictatorial, hemos ido preparando una política de normalización, en tanto en cuanto es posible para un Gobierno de transición revolucionaria y en una época en la cual el paro adquiere las proporciones intensas y trágicas que tiene en España. Nada de una solución monetaria impuesta, pero el camino

preparado, en sus primeras etapas, para llegar a la solución monetaria que la técnica aconseje, la realidad permita y el Parlamento español vote.

No hemos hecho una organización definitiva, local ni provincial, y no la hemos hecho porque el mínimo respeto a una futura Constitución, en la cual las autonomías de las organizaciones locales son el nervio vivo, el problema fundamental que vamos a examinar, suponía que fuera imposible, incorrecta, toda huella indeleble a lo Napoleón que el Gobierno provisional hubiera querido fijar sobre el régimen administrativo de España, sino que tenía que ser el complemento, la derivación por las Cortes o por poderes regionales autónomos, de las bases que estableciera la Constitución.

¡Ah! Y no hemos tenido la suerte de acertar en el ritmo de nuestra obra de Gobierno con el criterio de los que creen que hemos sido dictadores, ni con el criterio de los que juzgan que hemos sido tímidos y aun reaccionarios. Quizás la crítica antitética, contrapuesta, nos alienta en la seguridad de haber acertado. Pero no basta este argumento de compensación para salir al paso de los unos y de los otros. A los que nos dicen que hemos sido dictadores, que atacábamos al Gobierno del general Primo de Rivera y aun a los que le sucedieron por el ejercicio intenso, frecuente, de una plenitud de poder, y que a ellos se parece nuestra obra, yo no les argumentaré con la distinta tendencia social, con la contrapuesta orientación política, con el criterio jurídico que aquí existe y que allí falta, no; les argumentaré con un criterio de legitimidad. ¿De dónde arrancaban aquellos poderes plenos que inundaban la **Colección Legislativa** de España? Del acto de audacia afortunada de un soldado y del acto de promesa alentadora que era la principal fuerza de un monarca. ¿De dónde arranca la legitimidad de nuestros poderes, que no hemos llevado al exceso ni siquiera el límite normal de su uso? De la voluntad soberana de la Nación, expresada por un conjunto de circunstancias con una claridad inequívoca, porque, producida la Revolución cerca de cuatro meses después de la sublevación de Diciembre, el pueblo, al votar, sabía los hombres que iban a gobernar la República, el Ministerio que habían hecho entre ellos, la solicitud de plenos poderes que el Manifiesto revolucionario envolvía; y asintió a todo, dándonos la potestad más legítima, más legal, que en revolución alguna se haya obtenido. Y, por si eso era poco, para no ser dictadores, todos nuestros actos son rectificables, ninguno irreparable, y aquí van a venir a esa tribuna para que los ratifiquen las Cortes. **(Muchos aplausos.)**

¡Pero pudimos hacer más y hemos hecho poco! Ese es otro criterio. Pues a esos les digo yo que el camino para completar está expedito; pero les añado otra cosa. En una concepción dogmática, racional, del Derecho, la ley supone meditación; pero en una concepción histórica, primero, biológica, después, del derecho, éste no merece tal nombre si no se asimila por el cuerpo social, si no se adapta a sus necesidades, si no se incorpora a su vida, si no es realidad en su práctica coti-

diana. La meditación, esa la teníamos nosotros, porque nos la habíamos asegurado, y el índice de las medidas acordadas es muy superior al índice de la "Gaceta". Queda mucho por hacer. ¿Por qué? Porque celebramos más consejos en la prisión y en los conciliábulos conspiradores que en los despachos de los Ministerios. Pero no bastaba con que hubiéramos meditado nosotros; es que hay en el cuerpo social, como en el cuerpo individual físico, y por eso invocaba yo la concepción biológica del derecho, una capacidad limitada de asimilación, que incorpora el derecho, y de sensibilidad que percibe la excitación en virtud de la cual reacciona y luego se prodiga el derecho; pero una tromba, como una avalancha, sin medida, sin pausa, sin tino, llenando páginas de la "Gaceta", ese es derecho frío y muerto, porque no se da espacio, ni margen, ni tiempo para que el derecho se grave en la conciencia social, para que se asimile en el cuerpo de la Nación y sea una realidad plena incorporada a la vida del Estado.

Ya he explicado lo más importante de lo que hemos hecho, lo más saliente de lo que no hemos hecho. Y, por si alguna de las omisiones fuera falta y mereciera censura, me resta invocar algo que hemos hecho entre todos y a lo cual le atribuyo yo una fuerza inmensa para el porvenir de la República española.

Hemos construido en la tristeza de una prisión, en la angustia de un destierro, en la zozobra de una conjura, una fuerza moral afectiva que sufrirá quebrantos en los embates de la pasión política, pero que se conservará intacta y reaccionará briosa en cualquier hora difícil de la vida española. Hemos hecho eso, que para el presente difícil y para el porvenir incierto de la vida española representa un factor moral considerable. Hemos constituido un Gobierno tan heterogéneo, que sin un rozamiento ni un agravio, acrecentado el afecto, porque ha sido constante la lealtad, ha podido llegar hasta vosotros sin una crisis; la primera es la de hoy. Y ya está de lleno planteado el problema ante vosotros. El Gobierno dimite, el Gobierno entrega sus poderes, y hay que reemplazarlo. Pensad, sea cual fuere el Gobierno que elijáis, en algunos peligros que se evocaban en el día de ayer y se reconocían incluso cuando oponíamos un "non possumus" a la demanda de soluciones extremas. Pensad que el Gobierno que se constituya, el que siga a éste, sea el que fuere, no puede ser un Gobierno encajonado en una limitación recelosa de facultades, que es el fracaso seguro de su impotencia. ¿Cómo se resuelve eso sin menoscabo de vuestras atribuciones? Como se resuelven con la inspiración y el tacto todos los imponderables morales. En los problemas que surjan habrá dos categorías, que por ser distintas pueden mezclarse: la una atrae vuestra competencia; la otra, despertará el deber del Gobierno. Por volumen, podríamos decir por espacio, la magnitud es de la Cámara; por tiempo, quiero decir por urgencia, el resorte jurisdiccional es del Gobierno. Una medida de tacto en éste, según su deber; una medida de prudencia vigilante, pero

no desconfiada, en vosotros, es la que permitirá que, sin los escollos y los males que se anunciaban, el Gobierno, cualquiera que sea, pueda subsistir y la Cámara llevar a término su obra. ¿Cómo? ¿Un Gobierno de poder único? La existencia de la Cámara lo hace imposible. ¿De poder supremo? Vuestra preeminencia lo impide. ¡Ah!, pero de poder amplio, sin recelos, sin pequeñeces, sin cicaterías, sin miserias, es la eficacia de la obra de Gobierno. Y cuando recabéis vuestra jurisdicción, tened presente esto: la jurisdicción se afirma para ejercerla; los asuntos se traen para decidirlos; nada de perro del hortelano, nada de recelos estúpidos. Traed si no se os somete lo que sea vuestro y podáis decidir; dejad con confianza al Gobierno que elijáis que en aquellos problemas de urgencia inaplazable, bajo su responsabilidad, tome su determinación.

Y ahora, elegid el Gobierno, con dos indicaciones que yo haré, una para él y otra para la Cámara. Ciertas muestras de benevolencia, que yo no puedo ser tan insensible que no perciba, ni tan desagradecido que no las recoja, me hacen comprender que uno de los candidatos posibles para el Gobierno soy yo. Pues yo tengo el deber de, objetivamente, mostrarme ante vosotros con un inconveniente y con una ventaja que para ese cometido puedo tener, y son éstos. Para salvar la dignidad de la Cámara, para evitar que ésta se degrade en la componenda de discutir cada cartera y concertar el reparto de los Ministerios, desde el Decreto de convocatoria se ha recordado que se designe al Jefe del Gobierno, sólo a éste, y que bajo su responsabilidad forme el Ministerio y dé cuenta a la Cámara. Pues ahí va mi inconveniente y ahí va mi ventaja. Mi inconveniente es una falta total de flexibilidad para las combinaciones; mi ventaja es la claridad de ella. Si alguien me vota, que sepa que el Gobierno es éste, sin una variación, tal como está constituido. **(Muy bien.—Aplausos.)**

Ahora el consejo final, por si otros nos siguen, y a la Cámara en todo caso. Por si otros nos siguen, el secreto de nuestro acierto, si lo tuvimos, la fuerza de nuestra cohesión, que es innegable, no está en la convivencia azarosa y afectiva de los peligros y de los triunfos. Esa es la ocasión, la causa, el acicate sentimental. El secreto de nuestra cohesión y de nuestra fuerza ministerial, que nosotros cedemos y descubrimos a quien nos siga, es éste: comprender que no se gobierna con la intransigencia férrea de la convicción personal, con el ideario del partido a que se pertenece; que se hace primero un examen de conciencia sobre la posibilidad de la concordia y, para darle aritméticamente su fórmula de elasticidad y de capacidad máxima, se descomponen los programas en factores, y por la acumulación de los comunes se obtiene el máximo divisor, que permite la eficacia de un Gobierno heterogéneo. Es decir, que se tiene en cuenta lo que es la República, y la República es una fórmula de interés nacional, que sólo en momentos de desviación sectaria, de apasionamiento, de guerra civil, declara enemigos y ve enemigos dentro del país, que es una institución que en sus límites se identifica, y sólo en la fór-

mula se diferencia, con la suprema conveniencia nacional.

El consejo para la Cámara es éste: discutid cuanto queráis, oponded cuanto os plazca, pero no olvidéis una cosa: la duración de este debate, como la de cualquier otro que fuese necesario en torno a la vida de un Gobierno. La mayor equivocación de una Cámara como ésta, es la perplejidad, el más dañoso de los discursos es la obstrucción, el más grave de los inconvenientes la pérdida de tiempo; decid cuanto queráis y resolved pronto: éste u otro Gobierno; pero no un Gobierno de incertidumbre ni un Gobierno dimisionario. **(Grandes y prolongados aplausos.—Un señor Diputado pide la palabra.)**

El Sr. PRESIDENTE: ¿El Diputado que acaba de pedir la palabra hace el favor de dar su nombre para apuntarle entre los que la tienen pedida? **(El Sr. Pérez Iglesias hace intención de usar de la palabra.)**

Señor Pérez Iglesias, antes que S. S. tienen pedida la palabra otros Sres. Diputados; queda anotado S. S. para cuando le llegue su turno.

Tiene la palabra el Sr. Fanjul.

El Sr. FANJUL: Después de los incidentes de la sesión de ayer, abrigaba cierto temor de dirigirme a la Cámara; pero un deber de cortesía hacia la persona del Sr. Presidente del Gobierno provisional, a quien me une antiguo afecto, y, de otra parte, un deber de lealtad para con mi conciencia, para con vosotros y para con el país, me obliga a molestaros, siquiera, atendiendo el consejo del Sr. Presidente de la Cámara, será breve; pero expondré los conceptos con absoluta claridad. **(Varios Sres. Diputados: No se oye.)** En mi intervención pretendo guardar a las personas los máximos respetos, porque las personas del Gobierno, todas ellas, me lo merecen; pero no solamente voy a guardar respeto a las personas, sino también a su intención, porque no puedo creer que los doce hombres que se sientan en el banco del Gobierno no tienen siempre puesto su pensamiento en el más acendrado patriotismo y que no han tenido siempre el propósito del acierto. Pero, por lo mismo que respeto la opinión de los demás, deseo que la Cámara respete la mía; y pido encarecidamente que me escuche con atención, con la misma con que yo pienso escuchar a todos los Sres. Diputados.

Pertenezco, parlamentariamente, a este grupo que nosotros llamamos agrario **(Rumores.—Algunos Sres. Diputados pronuncian palabras que no se perciben)**, en el que cada cual tenemos nuestra ideología. **(Un Sr. Diputado: Reaccionaria.)**

El Sr. PRESIDENTE: Ruego a los Sres. Diputados que se abstengan de toda interrupción; y tengo que advertir que esta obligación de abstenerse de interrupciones es mayor para los Diputados que pertenecen a grupos numerosos. **(Aplausos.)**

El Sr. FANJUL: Decía que en este grupo, al que llamamos agrario, hay personas de todas las ideologías y de ideologías contrapuestas. Lo que ocurre es que, por un precepto reglamentario, hemos tenido que reunirnos unos cuantos Diputados para tener paso a las Comisiones, y nos ne-

mos unido aquellos a quienes por nuestra representación de provincias agrarias nuestros electores nos encargaron que defendiéramos aquí los intereses de la agricultura.

Durante la Monarquía, yo personalmente—hablo en nombre propio—pertencí a un grupo político que no se podía llamar partido, porque no tenía ninguna de las características de partido: no tenía jefe, no tenía disciplina, no recibía mandatos jamás del jefe, teníamos una libertad absoluta para obrar. El jefe, patriota insigne, parlamentario eminente, hombre austero, fué D. Antonio Maura. Puesto que soy, quizá, el único de los que se han salvado del naufragio de cuantos estaban en aquel grupo, me habréis de permitir que rinda a la persona de D. Antonio Maura el debido homenaje. **(Un Sr. Diputado: Al capitán Galán el primer homenaje:—El Sr. Sediles: ¿Cuándo nos acordamos de Galán y de García Hernández?—Otros Sres. Diputados interrumpen. El Sr. Fanjul, dirigiéndose a ellos, pronuncia palabras que no se perciben.)**

El Sr. **PRESIDENTE:** No se oye bien a S. S. porque se dirige especialmente a determinados Sres. Diputados. Tenga la bondad de dirigirse a la Cámara.

El Sr. **FANJUL:** Aquel hombre público constantemente estaba advirtiendo a la Monarquía que no podía seguir por el camino que marchaba; constantemente estaba diciendo a la Monarquía que gobernar no era flotar sobre los vicios sociales y políticos, sino encauzarlos y refrenarlos, y que era imprimir el sello de justicia a las leyes y a la conducta la austeridad. Aquel hombre público decía un día y otro a la Monarquía que no se podía ir por el descamino, por los senderos abruptos y por los senderos difíciles, habiendo un camino llano, expedito, que era el camino de la Constitución; iluminado por los faros de la justicia y de la libertad. Pues por no hacer caso a aquellos consejos, la Monarquía se desplomó. **(Prolongados rumores.)**

El Sr. **PRESIDENTE:** Orden, Sres. Diputados.

El Sr. **FANJUL:** Y se produjo aquella anarquía política, precursora de la Dictadura, y vino la Dictadura, y cuando la Dictadura duró más de lo debido, bastante más de lo debido la Monarquía se suicidó... **(Risas y rumores.)** Y cuando vino la segunda Dictadura la Monarquía quedó de cuerpo presente. Y digo esto... **(Un Sr. Diputado: Muy interesante.)**, para decir después otras cosas: que la República no la habéis traído vosotros. **(Rumores y manifestaciones de asombro.—El señor De la Villa: La ha traído el Sr. Fanjul.—Aplausos.)** Me alegro de vuestras manifestaciones, porque son la señal de que tengo razón. **(Un Sr. Diputado: Agrarios, al grano.)** La Monarquía cayó y vino la República, porque cayó la Monarquía. **(Grandes aplausos y risas.)**

El Sr. **PRESIDENTE:** Señores Diputados, yo les ruego que guarden silencio. **(Un Sr. Diputado: Es muy difícil, Sr. Presidente.—El Sr. Rico: La Monarquía cayó por la vileza del rey a quien S. S. aclamaba y aplaudía.)** y que cooperen con la Presidencia a que estos trances se abrevien lo

más posible. Guarden silencio. Y por mi parte, ruego al Sr. Fanjul que concrete su discurso y, si es posible, que arroje por la borda un poco de lastre histórico. **(Muy bien.)**

El Sr. **FANJUL:** Por eso podía decir con justicia el Sr. Presidente del Gobierno provisional que la República había venido con las manos limpias de sangre. Y es verdad: porque advino la República y se encontró con el máximo acatamiento del país y con el absoluto acatamiento del Ejército. No habiendo resistencia, no podía haber violencias ni sangre. Esa es la suerte de la República, y de ello nos tenemos que felicitar; yo me felicito sinceramente, porque yo, que durante la Monarquía estuve frente a los partidos de turno y los combatí, no quiero que vuelvan. Lo que quiero es que se consolide la República, y, para consolidar esta República, he de poner mi mayor esfuerzo. Y así como con el régimen monárquico no fui nada, ni pedí nada, con el mismo desinterés pienso prestar mis servicios a los Gobiernos de la República, siempre que marchen por los cauces de la libertad, de la justicia y del Derecho.

Pero a los gobernantes, Sr. Presidente del Gobierno provisional, no debe preocuparles si las manos están o no limpias de sangre. Ningún Gobierno español (porque en los españoles hay hidalguía, hay generosidad), ninguno, repito, es capaz de manchar sus manos de sangre. Lo que sí les debe preocupar a los Gobiernos es tener la conciencia tranquila de haber cumplido con su deber y de haber aplicado las leyes; eso es lo que debe importarles.

Decía el Sr. Presidente del Consejo de Ministros que la República había nacido libre y consolidada. Lo de consolidada no lo creería seguramente el Sr. Presidente del Gobierno provisional, porque hoy la República marcha atacada por dos flancos: por uno, las extremas izquierdas que alteran el orden; estamos viendo todos los días sus manifestaciones callejeras, y no sabemos si lo que quieren es que el Gobierno cumpla la palabra que les diera cuando contribuyeron al advenimiento de la República, o si su propósito es perturbar el orden para que venga la monarquía. Es también atacada la República por esos sectores de opinión derechista, llamémosles así, alarmados, quizá fundadamente, por medidas que el Gobierno provisional de la República ha adoptado, que han traído, como consecuencia, no sólo la perturbación de la Hacienda, no sólo el miedo de la producción, sino que han atemorizado al capital, que se ha puesto en guardia ante aquellas medidas de rigor que temen aplique el Gobierno y este Parlamento. De esos dos ataques tiene que defenderse la República.

Para esto mi colaboración no le ha de faltar ni un momento **(Rumores.)**, porque para resolver los pleitos de los enemigos de la izquierda y de los enemigos de la derecha, no hay más que un camino, que es el de la justicia. **(Muy bien.)**

Uno de los períodos del discurso que yo aplaudí con vehemencia el otro día al Sr. Presidente del Gobierno provisional, fué aquel que se refería al caudillaje militar. Sabe el Sr. Presidente del Consejo de Ministros, y en el banco azul hay

Ministros que conocen mi manera de pensar de siempre, que he condenado toda mi vida la intervención del Ejército en la cosa pública. Aquí, en este mismo Parlamento, he combatido las Juntas de defensa; aquí, en este mismo Parlamento, he combatido el presupuesto de Guerra en forma mucho más dura que lo hiciera ningún otro Sr. Diputado y dando soluciones que coinciden en parte con las del Sr. Ministro de la Guerra.

En momentos en que se conspiraba contra la Dictadura, persona de mi mayor afecto me invitó a conspirar con él, y yo le contesté que la mayor desgracia para mi país, para mi patria, sería un movimiento militar triunfante. Y como ese era mi íntimo sentir, yo no me podía sumar a la conspiración. Y es, Sres. Diputados, que a los cuarteles se puede llamar pidiendo fuerza, que es lo que hay; pidiendo disciplina, pidiendo obediencia, pidiendo abnegación, si se quiere, hasta heroísmo; pero cuando lo que se quiere es rebeldía ciudadana, eso hay que ir a pedirlo al pueblo, porque en los cuarteles no existe.

Y un consejo, Sr. Presidente del Gobierno, si es que puedo darlo, no a S. S., sino a todo el país si me es permitido. **(Rumores.)** Si no queréis que resucite el caudillaje militar, no llaméis a las puertas de los cuarteles, porque si se llama a las puertas de los cuarteles, nunca faltará un general, un jefe, un oficial o un sargento ambicioso que quiera faltar a sus deberes. Por eso, lo que hace falta es adoptar medidas de justicia para el Ejército y no darle ocasión para intervenir en la vida pública. **(Pausa.)**

Problema catalán. **(Rumores.)** Sus señorías han pactado antes del advenimiento de la República con la representación de Cataluña, y a mí me parece que, en tiempos de libertad y de democracia, cuando un país se pronuncia en un sentido cualquiera y esa es la verdadera voluntad del país, en todo lo que afecta a su conducta, hay que aprobarlo; pero llamo la atención sobre el peligro que representa para España el considerar como opinión de Cataluña la de los representantes que se sientan aquí. **(Fuertes rumores y protestas.)** ¡Cuatrocientos mil votos! ¡Ah! El día anterior de las elecciones municipales en Cataluña el señor Maciá pedía como limosna dos o tres concejales, y a los tres días, por la intervención de la Confederación Nacional del Trabajo, copó en Barcelona. De manera que aquí no está representada la opinión pública catalana. **(Siguen los rumores.—Varios señores Diputados pronuncian palabras que no se perciben con claridad.)**

El Sr. **PRESIDENTE:** No entablen diálogo los señores Diputados.

El Sr. **FANJUL:** De modo que no nos dejemos alucinar por esos votos creyéndolos catalanes, porque la mayoría de los votos de la Confederación Nacional de Trabajadores de todo son menos catalanes. **(El Sr. Lluhi Vallescá:** Lo cual nos honra mucho que tengamos votos que no sean de Cataluña.) Pero aquí no representáis la opinión de Cataluña. La opinión de Cataluña la conoceríamos si se pudiese reunir un Congreso de catalanes y escuchar su voz; esa es la que tendría autoridad. **(Continúan los rumores y las protestas.)**

El Sr. **Picavea:** Cataluña lleva veinte años sin ser atendida; esperamos que ahora lo será.)

El Sr. **PRESIDENTE:** ¡Orden, señores Diputados! Les ruego que no entablen diálogos; ya dirán Ss. Ss. todo eso en sus discursos.

El Sr. **FANJUL:** Yo estoy conforme, señor Presidente del Gobierno provisional, con la teoría sustentada respecto a responsabilidades. Creo que no puede haber Gobierno sin responsabilidad. Estimo que la irresponsabilidad es compañera del desgobierno y que en España llegamos a la situación por que hemos pasado precisamente porque jamás ha habido responsabilidad para nadie. Tiene que venir el momento de exigirla forzosamente, llegando por ese camino hasta donde sea posible; pero sin que nos salgamos de los cauces jurídicos, porque entonces nos expondríamos a cometer una injusticia.

El Sr. **PRESIDENTE:** El Sr. Barriobero tiene la palabra.

El Sr. **BARRIOBERO:** Señores Diputados, he de confesar que me encuentro ante una empresa a la que yo no sé si sabré dar cima, cual es la de hacer un discurso de oposición moderada contra el Gobierno. Y digo que no sé si sabré darla cima, porque los que podemos ya celebrar nuestras bodas de plata con el Parlamento, estamos acostumbrados a otra clase de oposición, a esa oposición que nos veíamos obligados a hacer contra, salvo honrosas excepciones, algunos metecos que nos sentaba en el banco azul la prerrogativa regia y que eran traídos muchas veces por intereses inconfesables, contra los cuales no podíamos esgrimir más que el arma de la burla o el arma de la violencia. Pero al tener que combatir, como correligionarios, con algunos amigos, los que nos templamos en aquellas batallas, es fácil que en algunos momentos nos sintamos un poco desplazados, y por eso yo me adelanto a hacer esta observación, a poner este paño al púlpito y a pedir perdón y licencia para recoger las palabras violentas que por esta deformación profesional se puedan escurrir en mi discurso.

Y aquí termina mi prólogo, porque creo que ha pasado la hora de la retórica y tenemos que ocuparnos un poquito de las grandes realidades de la vida.

¿Era necesario que alguien sustituyera aquí lo que se llamó en aquellos tiempos la oposición de su majestad, es decir, una oposición de colaboración, de crítica correcta y moderada? Yo creo que sí, porque si no hubiera eso, este Parlamento acabaría por parecerse al cielo mezquino de la concepción católica que describía Anatole France y que traducía, al estudiarlo, desde el punto de vista político, en algo así como en una oligarquía en donde no había opinión pública; en donde ángeles, arcángeles y tronos, todos estaban unidos y de acuerdo con la voz del Señor, que en este caso es el Gobierno. Hacía falta esta oposición para quitar al Gobierno, para quitar a la Cámara ese matiz.

Y como he dicho que hay que entrar en materia, voy a entrar por la parte culminante, y me voy a dirigir al partido socialista.

Nosotros, republicanos de cepa y abolengo,

agradecemos muy cordialmente toda la colaboración que han prestado para el advenimiento de la República. Yo no soy un voto sospechoso, porque en el orden de las ideas republicanas, siempre estuve a la extrema izquierda, y la extrema izquierda republicana no he de negar que tiene su tinte de socialismo, aunque este socialismo no sea el vuestro; es un socialismo revolucionario, mientras el vuestro es más gubernativo, pero puede llevar el adjetivo de socialista, y ya, en este punto, tenemos un nexo común que afecta a unos y a otros. Y con esta historia y con estos poquitos de autoridad que puede dar este origen y después de subrayar cordialmente las gracias al partido socialista, les planteo el problema de que gobiernen inmediatamente, con su programa mínimo o como sea, que si lo aceptan, no ha de faltarles nuestra colaboración, lo mismo en la opinión pública que en la Cámara; pero si no gobiernan, que nos dejen gobernar a los republicanos. Esta es la disyuntiva que yo planteo al Gobierno actual. O vamos a realizar un programa republicano o a modelar esa República que hemos soñado durante cincuenta años, en la que hemos puesto todos nuestros afanes, a la que hemos sacrificado nuestra juventud y nuestra vida y hasta los puñaditos de oro que hemos heredado de nuestros mayores o hemos ganado con nuestro trabajo. Vamos a construir esa República, hija de nuestro espíritu, tal como la hemos soñado y bajo nuestra responsabilidad, o vamos a colaborar con vosotros para dar un salto en la Historia y un ejemplo al Mundo, implantando un régimen socialista que acaso fuera la edificación del Mundo entero. No puede haber términos medios.

Habéis venido aquí, y el Sr. Presidente del Gobierno lo reconocía, comprometidos a hacer una revolución. El Sr. Presidente del Gobierno se preguntaba: ¿Hemos hecho una revolución? Y yo, que gusto de ser benévolo, concedería de buen grado la afirmativa, pero con una restricción: no habéis hecho una revolución republicana. Habéis dado al pueblo, porque no podíais negársela, la sensación de un cambio en las formas de Gobierno; pero la sensación de un cambio de régimen se la debéis al pueblo todavía. Y en este terreno planteo yo la cuestión. Gobierno republicano—no hablemos de derechas ni de izquierdas; aquí nada tienen que ver los adjetivos; creo que no tiene razón de ser otro calificativo—: estamos viviendo un momento económico de la vida y ante este momento económico quedan relegadas a segundo término las tendencias y doctrinas que han hecho dividirse a los sectores políticos. Hijo, además, de este confusiónismo es otro en que incurría el Sr. Presidente del Gobierno al dar a las derechas el calificativo de hombres de orden. Ya lo veremos. Dentro de este régimen las derechas serán las que perturben, serán los hombres de desorden; y los de la izquierda seremos los que os ayudaremos con nuestros consejos y los que os alentaremos para que vuestra obra tenga mayor amplitud y libertad. **(Un Sr. Diputado:** Eso de las derechas no se referirá a todos.) Eso lo discutiremos cuando S. S. quiera, aunque sea abusar de la atención de la Cámara.

El Sr. **PRESIDENTE:** Nada de diálogos, señores Diputados. Si quiere S. S. se le podrá reservar un turno.

El Sr. **BARRIOBERO:** Yo digo al partido socialista que se decida a gobernar o que nos deje gobernar a nosotros; que es preciso dar una forma específica a la República y que a un Gobierno tan complejo no se le puede dar esa forma específica. O vuestro programa o el nuestro. Si optan por el suyo, seremos sus ayudantes y sus colaboradores; si optan por el nuestro, que no se aparten mucho del nuestro; que vengan a estos bancos de la oposición y que nos impulsen y nos estimulen, en la seguridad de que no lo hacen a cuerda de locos, que traten de poner puertas al campo y que la República nuestra sembrará de flores el camino que ha de llevar a esas grandes concepciones especulativas que no están todavía cuajadas en los estratos y yacimientos de la política y de la filosofía.

Nosotros no hemos de poner obstáculo alguno en este sentido, pero entendemos que a esta República hemos de darle nuestra modalidad. Por eso yo, con todos los respetos a las personas y con muchos más respetos para los partidos, entiendo que no se debe acoger la sugestión del señor Presidente del Consejo de Ministros, sino que, con plena libertad, se debe sustituir a este Gobierno por uno que sea capaz de realizar ese programa. ¿En qué me fundo para mantener esta pretensión? Lo voy a decir también, con todos los respetos.

Habéis fracasado totalmente como Gobierno revolucionario. Aquí no se habla de esas revoluciones interpretadas por un sentido popular y un tanto analfabeto; me refiero a la revolución de ideas, a la revolución de transformación, a la revolución que pide la opinión pública en España, que no quiere sangre, ni fuerza, ni intervenciones violentas en ninguno de los desórdenes. Habéis usado para gobernar de los mismos, exactamente de los mismos procedimientos que los Gobiernos de la Monarquía. Empezasteis, al cabo de una propaganda que demandaba un Gobierno federal, por traicionar el espíritu federal del país desde el primer momento, mandando a las provincias una legión de gobernadores civiles, como si en los Ayuntamientos recientemente ungidos por el voto popular no hubiera quienes pudieran ser la representación del Gobierno en la Administración municipal y provincial. Esta era la primera obra revolucionaria que debísteis realizar. **(Algunos señores Diputados aplauden al orador.)**

Echasteis a vuelo las campanas de la Prensa y, como quien construye y edifica con mezquindad, habéis conservado, en muchos órdenes de cosas, las vigas y los puntales del viejo régimen, de donde viene una carcoma que amenaza nuestra vida y nuestra Nación. Os dió miedo de todo: de aplicar el Código penal a los obispos trabucaires; de transformar (cuidado, que no digo de suprimir) la Guardia civil, tan bienquista de la burguesía provinciana. Esta era una cosa esencial, porque en esta Cámara se ha levantado muchas veces la voz de personas respetables de los

partidos socialista y republicano, principalmente, para acusar a individuos de la Guardia civil que habían ejercido de verdugos en los pueblos... (El Sr. Niembro: El capitán Doval), y no habéis sido para pedir una lista de esos verdugos y empezar la purificación del Cuerpo sacrificándolos y encerrándoles en las cárceles. No os habéis atrevido a afianzar siquiera, mediante un Decreto modesto, la libertad de Prensa y de pensamiento y el derecho al trabajo, que era también una cosa fundamental y a la cual todavía no ha llegado un Gobierno que se llama revolucionario. Quisisteis hacer un proyecto de Constitución y creasteis una Asesoría jurídica, en la que hay mayoría (si no se acercará mucho a ella) de amigos y discípulos de la Compañía de Jesús. (El Sr. Ossorio y Gallardo: Está S. S. absolutamente equivocado. Tengo el deber moral de declararlo.) Creo que su señoría en este punto no debía haber contestado, porque el respeto y cariño que le tengo me impiden puntualizar e insistir. (El Sr. Ossorio y Gallardo: Salvando los respetos, puede S. S. puntualizar cuanto quiera; pero yo afirmo que está equivocado.) Los nombres son conocidos y la Cámara juzgará. La mayoría de la Comisión de Códigos y de leyes, antes del 14 de Abril no era republicana.

Decía el Sr. Presidente del Consejo de Ministros que el Gobierno había hecho una porción de cosas respecto a responsabilidades.

La opinión pública, a la que interpreto, y en cuya fuente bebo yo todos los días, no tiene noticia de que se haya tomado la precaución más elemental para que mañana se puedan exigir las responsabilidades. ¡Llamáis tomar precauciones a que esté en la cárcel el que, a mi juicio, no debe salir de ella en el resto de su vida, el autor del Estatuto Penal? Pues eso es muy poco, porque otros más culpables que él, protegidos por la Policía, han pasado la frontera.

No habéis dado un paso para conceder a Marruecos esa mayoría de edad que le corresponde de derecho desde el Tratado de Versalles; más aún, desde el de Saint-Germain; más aún, desde que se aprobaron unánimemente en Europa los catorce puntos famosos de Wilson, tan olvidados. Para los republicanos federales esto ha de ser objeto de un largo debate cuando discutamos la Constitución. Nada habéis hecho para satisfacer las ansias federales del país.

Vuestro desacierto máximo está en el enfoque, arbitrario y esencialmente monárquico, del problema del orden público. Pero éste es un caso concreto para el Ministro de la Gobernación. Yo no creo que el Ministro de la Gobernación necesite, como Richelieu, darse todos los días el placer de matar a sus semejantes con ceremonia; no creo que esté a esa altura el Ministro de la Gobernación; pero tiene tal concepto del principio de autoridad, que no lo contempla desde una plataforma de democracia con un temblor de nervios, ni siquiera cuando recuerda aquellas cuatro reinas de Inglaterra que fueron, una por una, sacrificadas al principio de autoridad, y se olvida que ha nacido en un hogar, que fué un altar del Derecho, y algún tomo habrá allí de alguna edi-

ción de lujo de las Partidas en donde, elevando la puntería, se dice, precisamente, de los reyes: "El monarca que hace mal uso de su poder es un tirano, aunque su poder tenga origen legítimo, y debe ser despojado de su poder." A este precepto de las Partidas debía volver S. S. los ojos y sentirse desautorizado para emplear las violencias que se han empleado en la represión de conflictos de orden público, de origen dudoso, y no insistir en los procedimientos que desacreditaron el régimen anterior y que fueron los que, principalmente, contribuyeron a echarlo abajo.

Su señoría ha debido estudiar; S. S. ha debido saber alguna vez (yo creo hasta habérselo oído en algún informe, en alguna conferencia) aquella teoría famosa de Spencer, según la cual el individuo no es inferior a las instituciones del Estado, y esto es lo que olvida S. S. cuando manda a las instituciones del Estado que disparen contra un individuo, sin previo aviso y con cualquier ocasión de una perturbación artificial o real, que de todo se dan casos.

Ya nuestro Dorado Montero se planteaba también este problema; pero, en fin, ¿a qué insistir con textos que están al alcance de todos? Yo únicamente me permito recordarle que la primera revolución de carácter social que hubo en el mundo fué la que conquistó la ley de las Doce Tablas, aquella revolución romana. ¿Y sabe S. S. el efecto histórico que tuvo aquella revolución? La limitación del principio de autoridad. Y si al cabo de todos estos años, al cabo de todos estos progresos, al cabo de todas estas revoluciones nos encontramos en situación de tener que poner límite al principio de autoridad, lógico es que se pregunten los incrédulos que para qué queremos la República y que qué nos ha traído. Cada uno, vistamos toga o turbante, tenemos nuestras ideas, y yo os digo que si ponéis la autoridad por encima de la razón, estáis condenados al fracaso y a la execración pública. Y ya que en este terreno estamos, como yo veo a la Cámara inclinada a votar la continuidad de este Gobierno, a que se perpetúe el desorden a su sombra, únicamente digo al Sr. Ministro de la Gobernación que si ha de seguir en ese sitio, rectifique, que rectificar es de almas nobles y es de inteligencias claras, y que hojee un poco estos clásicos que estoy citando fragmentariamente, y recuerde que si acometieron estas grandes empresas Aquiles y Ulises, pedían para triunfar el consejo de los prudentes y el brazo de los fuertes. Su señoría busca el brazo de los fuertes en la Guardia civil. Oiga también el consejo de los prudentes y emplee menos la fuerza, que la razón tiene más eficacia para hacer triunfar el derecho.

Tenemos sobre el tapete los tristes sucesos de Sevilla, de Murcia, y acaso a estas horas de Valencia, reveladores de otras tantas ligerezas, de otros tantos olvidos de que vivimos en un régimen republicano. Yo puedo asegurar a S. S., por informes directos que tengo que, acaso—quiero hacer esta salvedad—contra la voluntad del Gobierno, en Sevilla se ha aplicado la ley de Fugas—esto es doloroso confesarlo—, y se ha aplicado la ley de Fugas por algo que va a ver la Cámara

claramente: aparecen cuatro muertos en el Parque de María Luisa, los cuatro esposados, los cuatro que pertenecían a la Comisión. Yo voy a conceder que, esposados y todo, se escaparan tres, o intentarían escaparse, y que en el camino fueran muertos; pero el cuarto, Sr. Ministro, estaba amputado por el muslo y llevaba las manos esposadas; ese no se podía fugar. Justificación para ese asesinato no puede haberla en ninguno de los órdenes de ideas, ni en ninguno de los sistemas de Gobierno, aun cuando sean los más duros.

Murcia.—Se celebra un mitin con un orden perfecto; únicamente lo que no se puede evitar, por ser acaso una floración espontánea de la oratoria, y más de la oratoria popular, es que se dirijan diatribas contra el Gobierno y contra el gobernador de la provincia; pero no pasa más en el mitin. Transcurre todo el día y por la noche se dan órdenes de detención, y estas órdenes de detención se ejecutan tan temerariamente que acude un tropel de policías a la terraza del café más popular de Murcia y allí, con ostentación de aparato, intentan detener a dos de los oradores del mitin. Claro es que el público se puso de parte de los que iban a ser detenidos y lograron tugar-se. Pero no es esto todo lo peor, sino que se anuncia de boca a oreja en todo Murcia que se les busca para aplicar a los dos la ley de Fugas. Yo no creo que éste sea el propósito de nadie, pero ¿qué más da que esté en el propósito o que esté en el ambiente, si lo que está en el ambiente es una mancha para la República? Lo que hay que hacer es rectificar el camino, gobernando en republicano.

Valencia.—Ayer se reproduce el conflicto; los obreros celebran un mitin al que asisten 11.000 con un orden perfecto, sin que el delegado de la Autoridad tuviera que llamar al orden a nadie. Presentan unas conclusiones, acuden los patronos al despacho del gobernador y son los patronos los que se rebelan. Vosotros habéis dicho que eso de la acción directa es rechazar la intervención del Gobierno y de toda clase de mediadores. En Valencia ha ocurrido todo lo contrario. Ved si estáis equivocados al suponer que eso sea un dogma de ciertos sectores del proletariado. Aceptan el arbitraje del gobernador, aceptan el arbitraje del capitán general los obreros, los patronos lo rechazan y declaran un "lock-out" intempestivo y violento. El Sr. Ministro de la Gobernación lo sabe con más detalles que yo, porque sobre la carpeta tiene la dimisión del gobernador de Valencia, un hombre digno que no ha querido ametrallar a los obreros a instancia de los patronos. Pero se da el contraste de que estos patronos rebeldes, que echan pólvora al fuego, han venido a Madrid y han sido recibidos con todos los honores por el Sr. Ministro de Trabajo. Por esto digo que gobierne el partido socialista solo o que gobiernen los republicanos. No puede ser que el gobernador y el capitán general de Valencia quieran ser árbitros y mediadores amistosos en un conflicto social, y mientras se pretende someter a los obreros de Valencia a lo que se les ha sometido a los de Sevilla (como hubiera ocurrido de existir un gobernador más li-

gero de conducta), los patronos que fomentan la rebeldía, los que abusan de su poder y de su situación, entren bajo palio en el Ministerio de Trabajo. Esta confusión de poderes no puede existir; o vosotros (**dirigiéndose a los socialistas**) o nosotros; pero vamos a gobernar con unidad de criterio y a conquistar la paz pública.

Yo no puedo prescindir en este momento de hacerle también algunos cargos al Sr. Ministro de Trabajo, a quien me une antiguo afecto y una gran amistad, referentes al desempeño de su misión. Llegó a su Ministerio cuando ya lo conocía él hasta en sus más recónditos escondrijos; casi es el padre del Ministerio de Trabajo, de forma que tenía que conocerlo perfectamente, y creo yo que debió haber aprovechado este depósito de facultades supremas, que el pueblo puso en su poder, para arreglar algunas cosas de las que están en su Departamento tan desarregladas. El Sr. Ministro de Trabajo no puede ignorar que las apelaciones contra los laudos de los Comités paritarios están tardando catorce meses en resolverse, y son catorce meses que el obrero vive sin jornal, sin la indemnización que a veces se le concede; y el Sr. Ministro de Trabajo tampoco puede ignorar la vergonzosa jurisprudencia del Tribunal Supremo en materia de accidentes. La Cámara va a ver algunos botones de muestra.

Me perdonaréis que llegue a estas minucias, pero ellas, precisamente, son las que soliviantan a los conglomerados obreros, y de la falta de respeto y de atención a esto, que tanta justicia viene reclamando, a veces se originan y se derivan huelgas cruentas. "Cuando no hay pérdida de dedos o falanges indispensables para el trabajo y sí sólo disminución de la integridad funcional del dedo afecto, no existe incapacidad permanente y parcial." "El aplastamiento de la cuarta vértebra lumbar, con desaparición de los espacios intervertebrales y anquilosamiento de las articulaciones de dicha vértebra con las inmediatas anterior e inferior, no constituye incapacidad total." "La lesión curada que deja un acortamiento de cinco o seis centímetros en la pierna, con rotación hacia afuera, no es incapacidad total permanente." "La disminución del funcionamiento del brazo derecho en un 25 por 100, no es indemnizable." "La anquilosis de la primera y segunda articulación del dedo medio de la mano derecha, que imposibilita la flexión y extensión, no constituye incapacidad permanente." "La falta de movimientos de flexión de la mano derecha no constituye incapacidad permanente total." Hay hasta rozamientos de cuatro centímetros en una pierna y disminución de todos los movimientos de esa pierna, que tampoco constituyen accidente del trabajo. Yo creo que el Sr. Ministro, al llegar a su Ministerio y encontrarse con todas estas cosas, ha debido, por Decreto, o como fuera, salir al paso ante el desbordamiento de la jurisprudencia, que está privando de indemnización a tantos obreros como aquellos a quienes afectan estas sentencias, mínima parte de las que yo pudiera leer.

Pero hay algo más, y esto afecta a varios Ministerios: la actuación de las Compañías de Se-

gueros, especialmente de las Compañías de Seguros sobre accidentes del trabajo. Los Sres. Ministros deben saber que para que una Compañía de Seguros de accidentes del trabajo pague es preciso llegar hasta el Tribunal Supremo y poner dos años de distancia entre la necesidad y su satisfacción. Todo esto ha podido evitarse desde el Gobierno, y a ello ha debido ponerse remedio a su tiempo. Se traerá a la Cámara y lo discutiremos ampliamente, y el peligro que señalaba el Sr. Presidente de las Cortes Constituyentes será una realidad y habrá una obstrucción, por parte de algunos sectores, que impedirá hacer con facilidad la labor necesaria.

Se habla de las huelgas que se suceden en estos momentos, y el Sr. Presidente del Gobierno provisional de la República ha sido muy injusto al sentar una afirmación. Ha dirigido—si no he tomado mal la nota—una diatriba contra los que soportaron la Dictadura de Primo de Rivera y ahora protestan y perturban el orden. Yo quiero, en primer término, contestar a esa afirmación del Sr. Presidente del Gobierno provisional de la República. Aquellos a quienes alude, durante la Dictadura de Primo de Rivera y la del general Berenguer, estuvieron o expatriados o en la cárcel o arrastrados por la Guardia civil por los caninos, hasta el punto de que sólo en París el año 1926 había un censo de cuarenta y seis mil obreros españoles. ¿Qué medios tenían, qué facilidades tenían para exteriorizar su protesta si sus Centros estaban clausurados, si tenían sus periódicos suspendidos y sus personas vigiladas tan de cerca que cuando no estaban en la cárcel iban, como yo por aquellos días, con un agente de Policía a la derecha y con otro a la izquierda? ¿Qué rebeldía iban a exteriorizar en esas condiciones?

No se ha dado cuenta perfecta el Gobierno de las huelgas actuales. Estas huelgas obedecen a un fenómeno económico, puramente económico. Mirad el índice de la carestía de la vida. Desde que estáis en el Poder, la vida en España se ha encarecido en más de un veinte por ciento, y el que vive con un jornal mezquino, forzosamente ha de tener ese déficit, que le lanza a la huelga y a la protesta. Y como son muchos, de aquí vienen las protestas ininterrumpidas y los movimientos huelguísticos se aumentan y se hace lo que vulgarmente se llama la bola de nieve. Este es el origen de las huelgas. Estas no tienen un origen o un impulso de protesta contra la República ni contra el Gobierno. Lo están diciendo los obreros constantemente: van impulsados por la necesidad, por el fenómeno económico. Por lo demás, ¿qué? Que ellos esperaban encontrar en el Gobierno un sentido de intervención humanitaria y democrática y no lo han encontrado; por el contrario, ven que se manda, como antes, a la Policía para que intervenga sus vidas y que se les lleva a las dependencias de un Gobierno civil y de éstas a otras, cuando no se les somete a los fracasados Comités paritarios, que también son el origen de muchos conflictos. Los Comités paritarios en España han sido un fracaso rotundo.

Se copiaron de Italia, con una diferencia: con la de que en Italia son muy baratos y en España resultan desproporcionadamente caros. De forma que lo único que se podía haber traducido no se tradujo. Pero si en todas partes hubiera personas de procedencia socialista, o sindicalista si éstos los aceptaran, con quienes constituir los Comités paritarios, aun no se hubiera producido tan honda perturbación en el país; pero es que hay sitios en donde apenas existe organización socialista, y en ellos los Comités paritarios se han formado con patronos disfrazados de obreros o con católicos, y esa es una perturbación que produce el fenómeno de orden económico al que obedece el pavoroso problema del paro. Yo no sé las previsiones del Sr. Ministro de Trabajo—en esta Cámara tendremos el gusto de oírselas, seguramente, algún día—con respecto al paro, pero éste no es un problema de España, no es de índole nacional. Por el contrario, España es el país menos castigado en este aspecto. Tal problema tiene su origen en una crisis económica mundial, que empezó el primer día de la postguerra y está agudizado hoy por la carestía de la vida, por el aumento del número de consumidores y porque la mayoría de las naciones han emprendido la gran tarea de la organización científica del trabajo, de la standardización de los productos de venta, y eso es lo que ha agudizado el paro. El caso es que mientras en Inglaterra el censo de parados alcanza la cifra de dos millones y medio; mientras en Italia se acerca el número de parados a los dos millones también, en España tenemos que felicitarnos de que todavía el número de parados, aun contando los que ahora lo están circunstancialmente, no pasa de trescientos mil obreros, y trescientos mil obreros parados, en un país que no ha comenzado la implantación de la regulación científica del trabajo, que no ha standardizado la producción, significa un problema que estaba al alcance del Gobierno resolver. Trescientos mil obreros parados no es un problema insoluble en un país que tiene durmiendo una gran riqueza, como los saltos de agua, cuatro millones doscientos mil caballos que no se explotan; las dieciséis minas de cobre denunciadas y no explotadas, acaso por un pacto secreto con Río Tinto, que hay en la Sierra de Gredos; la importación de cincuenta millones de pesetas de madera, cuando debieran estar repoblados nuestros montes; todo eso son elementos bastantes para poder dar ocupación a casi todos los obreros parados; bastaba con explotar esas riquezas, con repoblar esos montes, con indudable beneficio para la economía nacional. Pero como hemos de hablar despacio del paro y de la nacionalización del trabajo, no quiero ahora más que apuntarlo como índice de cargos.

Y paso con esto a las dependencias del señor Ministro de Hacienda. También hemos de hablar despacio de su gestión, y como ayer, cuando se hablaba de la continuidad del Gobierno actual en el Poder, batía palmas, ello nos da la garantía de que hemos de tenerle ahí por algún tiempo.

El Sr. Ministro de Hacienda al entrar en su

Departamento ha sufrido un ataque de amnesia, porque yo estoy seguro de que cuando entró en el Ministerio de Hacienda sabía perfectamente que la moderna economía es una economía industrial, muy distinta de la economía preconizada y practicada por Adam Smith y otros clásicos. Sabía, además, el Sr. Ministro de Hacienda, que los asesores técnicos que allí tiene son los que llevaron al abismo a Calvo Sotelo y sus sucesores, y sigue con ellos, seguro de que con tales inspiradores no puede ir más que al fracaso.

Pero, en fin, el más grave mal de todos es que el Sr. Ministro haya pensado, lo mismo que nuestros abuelos, en la eficacia del patrón oro, cuando eso ya no se lleva en ninguna economía moderna. Hoy los Estados se atienen a la moneda dirigida, y la moneda dirigida sabe su señoría mejor que yo que ha de fundarse en un Gobierno estable y sólido, en un equilibrio en la balanza de exportación e importación y en un aprovechamiento consciente y eficaz de todas las fuerzas de la Nación. La moderna economía es la que tiene el concepto de que el millón, que depositado en las cajas de un Banco o convertido en papel del Estado renta 40.000 pesetas, que son el veraneo de un burgués, convertido en industria este millón puede favorecer a las organizaciones obreras. Y esto era lo que había necesidad de abordar desde el Departamento de Hacienda.

Además, existía otro problema. Cuando vinisteis al Poder toda la burguesía rentista estaba en la idea de que la República les iba a despojar de sus capitales, y debisteis aprovechar ese momento de pánico, no para despojarlos, sino para reducir y unificar el interés de la Deuda pública. Tenéis en los Presupuestos 850 millones de pesetas de consignación para pagar el interés de la Deuda pública. Por término medio, dadas las cotizaciones del papel, se retribuyen estos fondos del Estado con el 5 por 100. Hoy es más, porque el papel está barato. Pues bien; con sólo reducir al 2 ½ por 100 esta renta, podíais haber puesto 1.600 millones de pesetas al margen para fomentar y despertar la riqueza nacional. **(El Sr. Vergara: ¡Qué fácil es decir eso!)** Perjuicios para los rentistas..., ninguno en absoluto. **(Rumores.)** Con esto hubierais revalorizado nuestro dinero y nuestra moneda, y su valor adquisitivo sería hoy mayor del que tienen.

Por este estilo, yo podría seguir formulando cargos, de lo que no han hecho, a todos los señores Ministros; pero no quiero olvidar el que, a mi juicio, es fundamental, el que yo hago al principal de todos: al Ministro de Instrucción pública. **(Rumores.)**

El Sr. Ministro de Instrucción pública, que anduvo mucho por la vida, como yo, se habrá encontrado, como yo me encontré, con capitanes generales del Ejército que dicen "haiga **(risas)**"; con catedráticos que dicen "ivierno" y la lección "deciocho", y puedo apelar al testimonio de un Sr. Diputado que tuvo un compañero de claustro que hablaba así; que en las Audiencias hemos padecido fiscales que, cuando tenían que explicar una cosa gráficamente, decían "y esto lo voy a explicar pornográficamente" **(Risas)**. Y hasta en

el Parlamento... **(Grandes rumores que impiden oír al orador.)** ¿No interesa, Sres. Diputados? **(Nuevos rumores.—Un Sr. Diputado: ¡Eso es del viejo régimen; eso, en la Cámara antigua. Esta es más seria. Esas son tonterías.)**

El Sr. **PRESIDENTE**, agitando la campanilla: No impongamos violentamente el nuevo sistema.

El Sr. **BARRIOBERO**: Y he de decir al señor Ministro de Instrucción pública, en favor de la necesidad de elevar el nivel de la cultura nacional, y esto no puede tener como punto de partida la teoría arquitectónica de construir escuelas, que hace falta, primero, construir maestros. **(Rumores.)** La escuela se puede dar al aire libre; en cualquier parte se puede dar la lección, porque el maestro antiguo no necesitaba tantas cosas. **(Nuevos rumores.—El Sr. Royo Villanova: Ayer hablaba el Sr. Presidente de D. Francisco Giner, y eso decía.—Muy bien.)** Y se habrá encontrado con algo más monstruoso: que en el presupuesto de Marruecos, en el presupuesto de cientos de millones de Marruecos, hay la cantidad de 51.300 pesetas para enseñanza. Esto ha debido saberlo el Sr. Ministro de Instrucción pública y creo que ha debido poner mano fuerte para remediar todas estas cosas, y ahondar un poco, tener un poco más de resolución que la que tuvo al desterrar la Religión de las escuelas, pero dejando en ellas la intervención del cura y la lámina de Gedeón en donde para el sol con el dedo. **(Un Sr. Diputado: Fué Josué.)** Pero todo esto puede no tener importancia. Sí la tiene el que en España los partidos republicanos y el partido socialista hayamos estado tratando inicua-mente, por el hambre, por el desdén y por la crueldad, al pobre profesor de la escuela laica, perseguido por el alcalde, por el cura, por el Gobierno y por la Prensa. Y estos maestros laicos han debido encontrar al advenimiento de la República una cifra en el escalafón de maestros, por lo menos una jubilación, con selección, si se quiere; pero que no se diga que hemos abandonado a estos apóstoles de la enseñanza, que tan buenos servicios han prestado durante los años anteriores a éstos. Creo que era un problema que la República ha debido atender también el de la orientación técnico industrial de la enseñanza, solucionándolo inmediatamente.

Al señor Ministro de la Guerra **(Rumores)**, que ha sido el Ministro de los grandes aciertos, después de felicitarle a favor del comentario exactísimo que a su obra ha puesto el señor Presidente del Gobierno, quiero decirle que falta en esa obra una segunda parte, que es la democratización del Ejército. ¿Se ha dado cuenta S. S. de la odisea, del calvario de los oficiales procedentes de la clase de tropa? ¿Se ha dado cuenta S. S. del perjuicio que a estos hombres del pueblo causan sus reformas? Pido yo a S. S. que medite sobre ello y que piense en que esos hombres son acreedores a mejor trato, y en que el Ejército de la República, por lo menos para el pasado—para el porvenir, si lo tiene, habrá que condicionarlo—, debe abrir a la democracia sus categorías y no hacer víctimas de la reforma a estos soldados tan dignos de admiración.

Por otra parte, las lecciones de la guerra europea, que S. S. conoce mejor que yo, demuestran que los grandes efectivos no tienen tanto valor como las grandes reservas y en la organización de las reservas es donde creo yo que un Ministro de la Guerra debe poner toda su atención, y precisamente, siguiendo el camino de las reservas, se podría encontrar un camino para hacer justicia a todos estos a quienes aludo.

Debe el señor Ministro de la Guerra acabar con los soldados de cuota, que no haya categorías ni distinciones entre los soldados; que sean todos unos y que unan su esfuerzo y su entusiasmo para realizar las empresas que se les encomienden.

Hoy, que los militares van estando bien pagados, no sería mucho pedir al señor Ministro de la Guerra que redima al pueblo de la esclavitud del asistente, prohibiéndolos. El que quiera tener criado, que lo pague de su bolsillo particular. Lo que ocurre no es digno de un Ejército republicano.

No voy a insistir más, porque aunque debiera hablar del problema de la guerra, como creo que no habrá guerras en la Humanidad y estimo que si se tienen Ejércitos es por un atavismo, por una aberración, de la que hablaremos aquí cuando venga el presupuesto de ese Departamento, no quiero hacer a S. S. el cargo de haberse puesto de espaldas a lo que se llama la guerra química, que dicen que ha de ser la guerra del porvenir. Ya digo que no creo que haya guerras en el porvenir, pero el que crea en la posibilidad de la guerra, debe prepararse mediante las enseñanzas de la pasada.

Vamos a discutir ahora un poco la legitimidad de vuestros poderes. Cierta que el pueblo os ha elegido con plena lealtad; es indiscutible; estáis ungidos "a posteriori" por la conciencia pública; esto no lo podemos negar; pero atados al banco azul por el pacto famoso de San Sebastián. ¿No? Eso es lo que ya no podemos aceptar; en primer lugar, ese pacto puede tener validez y eficacia para los que forman el Gobierno; pero para los grandes sectores de la opinión pública que quedaron fuera de él, no; vosotros lo sabéis. Pero es que, además, ese pacto pudo ser la entraña jurídica de una conspiración y esa conspiración fracasó, como fracasan todas las conspiraciones y cicatrices tenemos que nos lo han hecho aprender; fracasarán las conspiraciones contra la República, como fracasaron las conspiraciones contra la monarquía. Hoy ante la estructura del Estado gendarme, el Estado es siempre más fuerte que las conspiraciones y la maza de la burla acompaña ya en el mundo a todos los conspiradores, desde el general Castelnau hasta las últimas conocidas.

Triunfó la República y ¿sabéis por qué? Porque el pueblo, una vez acudió al llamamiento que desde los tiempos de Pi y Margall se le hizo con gran elocuencia; el pueblo acudió a tomar parte en la contienda electoral; hizo una jornada de ocho horas delante de las urnas y eso bastó para destruir aquel régimen. Después de esa jornada del pueblo en la que tomaron parte los apolíticos

también... (Un Sr. Diputado: A S. S. le han votado los apolíticos de Gijón.—Fueres rumores, durante los cuales, el orador, dirigiéndose a un señor Diputado, pronuncia palabras que suscitan grandes protestas.)

El Sr. PRESIDENTE: Ruego moderación en los movimientos pasionales. Por esta vez quiero hacer como si no hubiese oído alguna expresión impropia de la Cámara, pues aunque lo sintiese mucho, tendría que aplicar estrictamente el Reglamento, porque a todos nos conviene, y es deber de la Mesa conseguirlo, que se guarden formas del mayor decoro en medio de las más grandes pasiones que podamos todos sentir.

El Sr. BARRIOBERO: Yo digo que, si a mí se me hace un cargo...

El Sr. PRESIDENTE: No me he dirigido a nadie personalmente, precisamente para evitar esto.

El Sr. BARRIOBERO: Quiero dar una satisfacción a quien no se ha enterado bien del incidente.

A mí se me ha dicho que me han votado los apolíticos de Gijón y yo he contestado que sí. ¿Por qué se toma pie de ello para inferirme un agravio? Todavía si lo hubiera negado, pero he sido sincero ahora como toda mi vida y a costa de muchas cosas. Venga una acusación concreta de algo de mi vida y la contestaré.

El Sr. PRESIDENTE: Señor Barriobero, demos por liquidado el incidente. Continúe S. S. su discurso.

El Sr. BARRIOBERO: Señor Presidente, es que yo lamentaría mucho que este ambiente fuera de una permanencia tal que no pudiéramos hablar con libertad.

El Sr. PRESIDENTE: Ya ve S. S. que el ambiente ha cambiado.

El Sr. BARRIOBERO: Ante aquel plebiscito popular, el que había sido el primer soldado fué el primer fugitivo, y el señor conde de Romanones, a quien al menos por esto debemos conservar el título y devolverle las 500.000 pesetas que le puso de multa Primo de Rivera, cogió el Poder del arroyo, lo llevó a casa del doctor Marañón para que le curara los cardenales que le había producido la caída y, después, acudió con él a casa del Sr. Alcalá-Zamora, no porque le creyera el menos republicano, sino porque le creyó, acertando en ello, el más bienquisto en todos los sectores republicanos.

Así ha venido la República. ¿Obliga esto a una perpetuidad, a una continuidad del Gobierno a prueba de fracasos? Yo creo que no, y por eso propongo una solución a la Cámara; y ahora es cuando me voy a dirigir a esos señores agrarios, que, por cierto, son más Exiados que Columelas, porque no tienen nada de campesinos. El Gobierno debe ser sustituido, pero no con una maniobra como la de ayer, tan extemporánea. Evidentemente, no podemos tener la República ligada a la vida ni a la suerte de una persona; es preciso establecer la continuidad, y para esto conviene que haya un organismo superior al Gobierno ante el cual poder dimitir los Ministros que fracasen; pero no lo que ayer se pedía, porque es verdad: si elegimos provisionalmente al Presidente de la Repú-

blica, cometemos una verdadera crueldad con el que sea y establecemos, además, un prejuicio ante la opinión. Yo creo que esto podría solucionarse nombrando un Consejo Presidencial que llenara este papel y estuviera sobre el Gobierno para recibir la dimisión de sus poderes, quedando libre la persona del Sr. Alcalá-Zamora, incluso para ser candidato a la Presidencia de la República. No he de ser yo quien le niegue mi voto; pero no entre bastidores, a la vista, en unas condiciones de libertad, no de imposición de una mayoría que tiene representación que quiere continuar. Y, a propósito de esto, tengo que decir a S. S. que la religión es una droga de uso interno, y cuando se va a los banquetes las píldoras de uso interno se dejan en casa. Con esta salvedad yo votaría, desde luego, al Sr. Alcalá-Zamora para la Presidencia de la República. Es preciso que constituyamos un Gobierno homogéneamente republicano. Sabéis que por falta de comprensión, por falta de una eficaz y acertada intervención del Gobierno, por lo que sea, está a punto de estallar en España una dolorosísima guerra civil entre dos sectores de la opinión trabajadora, y un Gobierno homogéneamente republicano que tuviera el respeto de todos y la representación de todos, sin que fueran los Ministros partidistas, podría ser árbitro en esta lucha y resolver con acierto estos problemas.

Aparte esto, no olvidando que la opinión de España pide una República federal, que tenemos que hacer una Constitución que recoja esta aspiración nacional, para discutir luego, Estatuto por Estatuto, lo que traigan las regiones; pero colocando, fijando antes, los jalones del federalismo; la autonomía municipal, que aparece borrosa en algunos proyectos de Estatuto, y el pacto, que es nada menos que la conciencia jurídica, según nuestra teoría. Y sentados estos dos jalones, desplazarse de aquí para ser árbitros en estos conflictos societarios y sustituir el concepto del orden público que tenéis por el concepto de la paz pública, que es el que mejor cuadra a una democracia. En este sentido habéis hecho muy poco, porque el pueblo se siente ávido de democracia y había una cosa elemental: incorporar a estas lápidas, poner en este salón, los nombres de Galán y de García Hernández. **(Rumores.)** Y no quiero cansaros más, aunque el tema es largo y habría mucho que decir. En mi concepto, habéis hecho bastante para pasar a la Historia; pero habéis hecho bastante también para quedar completamente desplazados de la revolución.

El Sr. **PRESIDENTE**: El señor Ministro de Hacienda tiene la palabra.

El Sr. Ministro de **HACIENDA** (Prieto): Voy a superar al Sr. Barriobero, y perdone S. S. la jactancia, en la moderación y en la brevedad; y no digo que voy a superar también a S. S. porque esa superación sería imposible, en el alarde enciclopédico que nos ha hecho S. S., como una brillante oposición de estadista y en la cual, del examen de la guerra química ha pasado a la estandarización del trabajo y de la anquilosis de las falanges a los problemas económicos de la Hacienda pública. Claro está que el hombre, por muy

modesto que se sienta, tiene siempre cierto depósito de vanidad, y yo he sentido colmado el de la mía al oír los exagerados elogios de S. S. a mis conocimientos de las teorías económicas de Adam Smith. Desde luego los elogios que S. S. me ha rendido exageradamente me privan de toda agresividad. Hablaré brevemente y moderadamente, para recoger unas alusiones que, por lo pertinaces han sido preferentes para la representación del partido socialista en este Gobierno. Su señoría ha invitado a que se vayan los socialistas del Gobierno, para que dejen gobernar a los republicanos, o que gobiernen los socialistas por sí solos, con el apoyo, muy estimable (luego hablaremos brevemente de la estimación que nos merece), con el apoyo muy estimable y decidido de S. S. **(Risas.—Varios señores Diputados:** No, no.) Pues bien, yo diré sencillamente lo siguiente: Que los representantes del partido socialista estaremos aquí ni una hora menos de aquellas que nos imponga el deber, ni una hora más tampoco; porque nuestra voluntad no va más allá del límite que nos trace el deber. Su señoría dice que los Ministros socialistas no dejan gobernar a los republicanos, pero nosotros, naturalmente, aun concediendo a S. S. toda la preeminencia que como figura republicana tiene, como S. S. no está en la intimidad del Gobierno habremos de atenernos al testimonio de estas representaciones republicanas, a las que se hallan con nosotros en este banco, para saber por ellas si les dejamos o no gobernar en republicano, si somos obstáculo a las soluciones republicanas o acicate de ellas; si somos dificultad o si somos estímulo. El voto de S. S., en esta materia, aun siendo tan estimable la personalidad de S. S., no nos basta, porque no está por ahora en la intimidad de las funciones del Gobierno. **(Risas.)**

En cuanto a gobernar por nosotros solos con el apoyo que S. S. nos ofrece, yo le diré a S. S. esto limpiamente: que yo no sé si el apoyo de S. S. nos molestaría, nos quebrantaría o nos perjudicaría, pero que desde luego no nos satisfaría. **(Risas.—El Sr. Barriobero pide la palabra.)**

Y dichas estas cosas, otras muy breves, muy entonadas y muy serenas, porque en esa exposición enciclopédica que ha hecho S. S. de las soluciones a su juicio posibles para todos los problemas que a la República se le presentan, ha entreverado S. S., entre algunas reticencias que voy ahora a despejar, una afirmación que puede herir lo más sensible de nuestra conciencia. Las reticencias eran aquellas que singularmente S. S. dirigía al Ministro de Trabajo reprochándole pecado tan gravísimo, según la exquisita conciencia de S. S., como el haber recibido en su despacho oficial a representaciones patronales de Murcia que en las luchas sociales, en los conflictos obreros, no se habían producido con corrección o con respeto para las organizaciones proletarias. No es ello un pecado, no es una falta; pero yo quisiera recordar a S. S. simplemente esto: que yo, que he seguido con atención los pasos y las propagandas de S. S., conozco desde luego algunos textos debeladores, a los cuales es tan propicia la exaltación momen-

tánea, fugaz de S. S., en cuanto a la posibilidad de derrocar en estos momentos todo el régimen económico, acabar con la economía burguesa y destruir las organizaciones capitalistas; pero yo recuerdo que a raíz inmediatamente de la elección en que S. S. legítimamente ha obtenido el acta de Diputado, con votos apolíticos, como ahí le recordaban con indignación que yo no justifico por parte de S. S., y los votos de los elementos reformistas despechados, S. S. convocó a las llamadas fuerzas vivas de Gijón por medio de la Prensa gijonesa, y en las fuerzas vivas de Gijón está la representación, está la encarnación de todos esos elementos patronales que han sostenido, quizá con más violencia que en la mayor parte de las poblaciones españolas, luchas con los elementos obreros, en algunas de cuyas salpicaduras sangrientas ha intervenido S. S. como letrado. **(Muy bien.)** De manera que en esto la conducta de S. S., a la cual yo no quiero poner ninguna mácula, le resta autoridad para acusar al Ministro de Trabajo del gravísimo pecado de haber recibido en su despacho a representaciones patronales, cual su obligación le impone.

Y desechadas ya, anuladas estas pequeñas reticencias, a las cuales es muy propicia también la dialéctica de S. S., una cosa interesa sobremedida, y aquí yo ya no hablo como Ministro socialista, como representante del partido socialista en el Gobierno, porque si yo hablara ahora queriendo destacar esa personalidad y esa representación, cometería una falta de lealtad con todos estos hombres que aquí se sientan, para decir a S. S. con respecto a los sucesos de Sevilla, que el Gobierno, tan sensible como S. S., por lo menos tan sensible como S. S., no se atreve a negar desde aquí, arrojando en la negativa el peso de una convicción, que en Sevilla hayan ocurrido los sucesos que S. S. apuntaba trágicamente; que tampoco se atreve a afirmarlo, y que si hubieran ocurrido como S. S. dice (y el Gobierno hasta ahora no tiene ningún motivo para saber si así ha sido), el Gobierno, repito, no ya los socialistas, ni los republicanos de la izquierda, ni los republicanos de la derecha, sino este conjunto de hombres honrados, cuya honradez está por encima de las invectivas de S. S., responde de que es totalmente ajeno a los supuestos reprobables excesos que S. S. señalaba, que ni los alentó, ni los conoció previamente, ni los puede tolerar. Y digo yo, ahora, como miembro de este Gobierno, como uno más de estos hombres sin distinción alguna, que no me la puede dar ni la mayor exquisitez de conciencia ni la diferencia de significación política, que si el Gobierno es ajeno a esos hechos que S. S. supone realizados, el Gobierno entraría en una fase de encubrimiento si, por proteger a unas u otras Autoridades, a unos u otros agentes, por un mal entendido respeto al principio de autoridad, no extremara las diligencias para el esclarecimiento de esos hechos. Y digo más a S. S.: digo que por parte del Gobierno se han puesto en práctica a la hora presente, y en la forma que elocuentísimamente decía antes el Sr. Presidente del Gobierno, todas las medidas de investigación, pero que si la Cámara du-

dase de su eficacia, que si quisiera completarlas, que si desease robustecerlas, el Gobierno, haciéndose intérprete de vuestros sentimientos, porque es el depositario de vuestra confianza y quiere ser reflejo de vuestra conciencia, no se opondrá a que las Cortes, por medios propios, completen esos esclarecimientos y ayuden a la acción de la Justicia. Eso dice tranquilamente ahora a S. S. el Ministro que en estos momentos habla, después de decir lo que ya a S. S. había dicho en cortas palabras, entre regocijadas y benévolas para S. S., de que no estaremos aquí ni una hora más ni una hora menos de aquellas que nos exija el cumplimiento de nuestro deber.

Y en cuanto a los hechos que S. S. ha supuesto, dándoles tinte de máximo dramatismo, S. S. no supera, no puede superar, el deseo de esclarecerlos que el Gobierno tiene, y S. S. no supera, no puede superar, la limpieza de conciencia de todo el Gobierno, de cuantos nos sentamos desde ahí hasta allí. **(Señalando desde la cabeza al extremo opuesto del banco azul.—Muy bien.)**

El Sr. **PRESIDENTE:** La Presidencia tiene que hacer unas manifestaciones antes de conceder la palabra al Sr. Barriobero.

Después de escuchadas las palabras que ha pronunciado el Sr. Ministro de Hacienda, debo advertir que desde la tarde de ayer tengo en mi poder una proposición incidental, que se refiere a los sucesos de Sevilla. No he dado cuenta antes de ella, porque no quería interrumpir violentamente el curso de la discusión; pero desde el momento en que se roce siquiera este tema, tengo que dar lectura de ella. Concederé la palabra al Sr. Barriobero y después se dará lectura de la proposición. El Sr. Barriobero tiene la palabra.

El Sr. **BARRIOBERO:** Lamento que el señor Prieto se haya valido de su poder y de su posición para arremeter contra un Diputado que está casi solo en la Cámara. No es mi apoyo al Gobierno el que yo he ofrecido al Gobierno socialista que se formara, es el apoyo de todos los republicanos de abolengo, de todos los que lo éramos antes. Y sepa el Sr. Prieto, porque con respecto a este punto he cambiado impresiones con quienes podían representar... **(Rumores.—Varios Sres. Diputados: ¿Con quiénes?)** No me hagan cometer indiscreciones; ya lo dirán si quieren; basta con esto.

Con respecto a lo demás, no sé de dónde ha podido deducir el Sr. Prieto que yo tuve esta tarde reticencia de ninguna clase. Con todos los respetos, y son muchos los que me merece el señor Ministro de Trabajo, no iban por ahí encauzadas las cosas. Yo quería poner de relieve que los patronos que se rebelan contra el gobernador civil de Valencia, los patronos que destruyen las posibilidades de una conciliación, vienen aquí triunfantes a establecer una dualidad entre el gobernador republicano y el Ministro socialista. Culpa a los patronos y no a S. S., y culpaba a la falta de homogeneidad de ese Gobierno.

En cuanto a mi posición política, el Sr. Prieto sabe que soy republicano y republicano fede

ral y que la forma de Gobierno nuestra todavía es burguesa.

Que he sido votado por los apolíticos de Gijón. Voy a decirlo una vez más, porque creo que no debe sonrojarme, sino agradecerse. (**Un señor Diputado:** En todo caso, ellos.) Si les estamos diciendo que dejen de ser apolíticos, para una vez que votan, ¿no se les va a hacer caso? Pues bien; yo llamé a las fuerzas vivas de Gijón, pero en esas fuerzas vivas había representación también de las organizaciones obreras, porque entiendo que nuestra democracia debe poner en el mismo plano a todos y que nuestra intervención debe ser la de mediadores y conciliadores.

Finalmente, he de decir que no comprendo lo manifestado por el Sr. Prieto. Mi vida es tan clara y tan pública que no puedo hacerme eco de palabras que, refiriéndose a la conciencia, a la conducta, puedan llevar envuelta una reticencia.

El Sr. **PRESIDENTE:** Se va a dar lectura a la proposición incidental que he anunciado.

El Sr. **SECRETARIO** (Ramos): Dice así:

“Los Diputados que suscriben tienen el honor de presentar a la consideración de la Cámara la siguiente proposición incidental:

Ante la gravedad de los sucesos ocurridos recientemente en Sevilla, y deseosos de que se esclarezca su origen y el desarrollo que han tenido, proponen a la Cámara el nombramiento de una Comisión parlamentaria en la cual estén representadas las diversas fracciones políticas que la integran, a fin de que realice una investigación minuciosa y concreta en el informe que en su día presentará al Parlamento, el juicio que los hechos acaecidos le merezcan y las responsabilidades que deban exigirse si hubiere motivo para ello.

Palacio del Congreso de los Diputados, 28 de Julio de 1931.—Manuel Cordero, Andrés Saborit, Manuel Albar, Miguel Castaño, José Algora, Alfredo Nistal, Juan S. Vidarte, Cayetano Redondo, José Ruiz del Toro, Antonio Acuña, Antonio García, José Molinas, Alejandro Otero, Luis Prieto, Hermenegildo Casas, Enrique Heraclio Botana.”

El Sr. **CORDERO:** Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE:** Aplicando artículos del Reglamento que se han tenido en cuenta en casos análogos, se podrá hacer uso de la palabra por uno de los firmantes, y después se preguntará a la Cámara si se toma en consideración o no la proposición. En el primer caso, si la Cámara no tiene inconveniente, se podrán abrir dos turnos en contra y dos en pro.

El Sr. Cordero tiene la palabra.

El Sr. **CORDERO:** Pocas palabras, Sres. Diputados, para explicar la proposición, porque ésta, a nuestro juicio, se explica por sí misma.

Es evidente que en Sevilla ocurrieron hechos impresionantes, hechos que producen honda emoción en nuestro espíritu. De lo que se dice externamente, de lo reflejado en las palabras que se han pronunciado aquí, pudiera resultar que la gente creyese que el Gobierno tiene responsabi-

lidad en esos hechos, que la represión de los sucesos ha sido excesiva y, sobre todo, que se había llegado a la aplicación de la ley de fugas, cosa inadmisibles, cosa condenable, cosa intolerable, porque la autoridad tiene la obligación de defender las instituciones democráticas y republicanas, pero tiene también la obligación de no excederse en nada en la represión. Nosotros sentimos la emoción de la defensa de las instituciones republicanas del país como el que más; queremos para España un régimen democrático que permita a las masas obreras, por cauces de evolución intelectual, marchar rápidamente a su emancipación, pero nosotros no podemos ser punto de apoyo, si ello resultara exacto, de una República que utilizase los procedimientos que se están señalando en las informaciones que todos conocemos. Nosotros no queremos crear al Gobierno ninguna complicación, pero queremos dar a la Cámara y a la opinión la sensación de que aquí no hay por qué ocultar nada, que hay que averiguar exactamente la verdad, para que todo el mundo la sepa, y si hay alguna autoridad que se ha excedido imprudentemente, que sufra su justo castigo, y si hay, además, gentes responsables de los sucesos que se esconden en la sombra y que la información parlamentaria logra sacar a luz, que sufran también la sanción que les dé la opinión, para que no se repitan hechos de esta naturaleza.

Queremos decir, asimismo, que la violencia en las luchas obreras la rechazamos como sistema; que la violencia tiene una justificación cuando las instituciones no abren cauces jurídicos a las conquistas de la masa obrera, y que la violencia deja de tener esta legitimidad cuando se establecen organismos de carácter democrático que permiten a esa masa obrera llegar a los altos Poderes y por la coacción moral de sus organizaciones, bien formadas, obtener aquellos beneficios a que tiene legítimo derecho.

En este sentido defendemos esta proposición. No hemos de mediatizar la acción fiscal del Gobierno; sus órganos pueden funcionar libremente, pero que la Cámara estatuya el suyo propio, para, por él mismo, conocer toda la realidad trágica de la vida de Sevilla, y después poder ponerle el comentario más adecuado o la sanción que merezcan los hechos. Nada más.

El Sr. **GUERRA DEL RIO:** Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE:** Señor Guerra del Río, perdone que no le conceda en este momento la palabra. Se va a preguntar a la Cámara si toma en consideración la proposición.

El Sr. **Ministro de la GOBERNACION** (Maura): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE:** La tiene S. S.

El Sr. **Ministro de la GOBERNACION:** Antes de que se pregunte a la Cámara si se toma en consideración la proposición leída, me importa hacer constar que el Gobierno ruega a la Cámara que tome en consideración la propuesta de la minoría socialista. Y en pocas palabras va a estar explicado este ruego.

El Gobierno no da paso a nadie, ni siquiera

a la Cámara, a la que respeta y a cuya sanción está en todo momento sometido, en la averiguación de la verdad de los hechos, porque antes decía mi compañero, el señor Ministro de Hacienda, y ahora agrego yo, que, con dignidad, con decoro y con la cabeza levantada, no se puede estar en este puesto más que imponiendo la sanción máxima, y hasta con crueldad, si fuera preciso, a quien abusara del poder que se pone en sus manos. No puedo creer que sea verdad eso, porque hasta la última fibra de mi alma se subleva al pensarlo, pero el Gobierno, repito, no da paso a nadie en la sanción y en la averiguación de los hechos, siquiera, naturalmente, la Cámara sea dueña de ir al lado del Gobierno o al margen de la investigación del Gobierno, no sólo en el caso concreto de la investigación de los sucesos de Sevilla, sino en toda la trama de lo que allí ha sucedido en los pasados días,

Por consiguiente, ruega a la Cámara que, a ser posible, sin más debate, tome en consideración la propuesta de la minoría socialista y quede nombrada la Comisión, ya que, levantado el estado de guerra en Sevilla mañana por la mañana, tiene el campo libre para poder actuar en aquella capital y esclarecer en muy pocas horas cuanto allí ha ocurrido durante los pasados sucesos." **(Muy bien.—Aplausos.)**

Hecha por el señor Presidente la pregunta a la Cámara de si tomaba en consideración la propuesta, el acuerdo fué afirmativo.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Guerra del Río puede hacer uso de la palabra.

El Sr. GUERRA DEL RÍO: Muy pocas palabras, tan pocas como las que interesaba el señor Ministro de la Gobernación.

Esta mañana la minoría radical, concedora del propósito anunciado de la presentación de esta proposición incidental en la sesión de hoy, sentía el escrúpulo de que la intervención de la Cámara, del Poder legislativo, en la investigación de los sucesos de Sevilla, entrecruzándose con la ya anunciada por el Gobierno por parte de un funcionario del Poder judicial, pudiera significar un precedente peligroso. Este escrúpulo nuestro ha quedado, desde luego, desvanecido con las manifestaciones que acaban de hacer, en nombre del Gobierno, los Sres. Ministros de Hacienda y de la Gobernación.

Por lo tanto, la minoría radical aprueba y votará la proposición de que se acaba de dar cuenta, rogando (porque cree que éste es el espíritu de la misma) que la Comisión que se nombre no se limite a investigar estrictamente lo ocurrido, lo lamentablemente ocurrido en Sevilla, sino los orígenes, las causas de ese conflicto que ha producido tales sucesos. En este sentido, la minoría radical—que supone se acepta esta interpretación suya de la proposición incidental... **(El Sr. Cordero pide la palabra.)** la votará, repito, y la hace suya, esperando que se dé la debida representación a esta minoría, y a las demás, en la Comisión que se nombre.

El Sr. PRESIDENTE: Tiene la palabra el señor Cordero.

El Sr. CORDERO: Dos palabras para decir al Sr. Guerra del Río y a la Cámara, que nuestra propuesta está inspirada en ese mismo sentido. De modo que no hay cuestión: la Comisión ha de llegar a lo más hondo del problema. **(El Sr. Guerra del Río: Conforme.)**

Dos palabras también al señor Ministro de la Gobernación. No ha pasado por nuestra mente hacer ninguna clase de cargos en este instante al Gobierno; lo sabe bien S. S.; tenemos vivo deseo de que el Gobierno salga indemne (esperamos que así sea) de la información que el Parlamento haga en este caso.

El Sr. BOTELLA ASENSI: Pido la palabra.

El Sr. PEREZ IGLESIAS: Pido la palabra. Deseo hacer una aclaración.

El Sr. PRESIDENTE: No oigo al señor Diputado que está haciendo uso de la palabra.

El Sr. PEREZ IGLESIAS: Veo con sorpresa, ya que no con dolor, que el orden de prelación que debe existir aquí para conceder la palabra ha sido en este caso, a mi juicio, vulnerado. **(Rumores.)** No tengo la menor apetencia, ni tengo ahora deseo de hacer uso de la palabra para defender en cuatro términos vulgares—no puedo hacerlo de otra manera—mi criterio; pero cuando he visto que el Sr. Guerra del Río, que había pedido la palabra bastante tiempo después que yo... **(Siguen los rumores.)**

El Sr. PRESIDENTE: Señor Diputado, una explicación. El Sr. Beunza tiene pedida la palabra para consumir un turno en el debate general. Antes que él está el Sr. Estévez. Este debate ha sido necesariamente interrumpido por una proposición incidental; vamos a liquidarla pronto, a ver si puede S. S. hablar hoy.

El Sr. Botella Asensi tiene la palabra.

El Sr. BOTELLA ASENSI: Señores Diputados, en nombre de la minoría radical socialista, que en este momento, y para este caso concreto, tengo el honor de representar, expongo a la Cámara nuestra incondicional adhesión a la proposición que acaba de leerse. La minoría republicana radical socialista no había planteado antes esta cuestión porque no quería entorpecer la obra del Gobierno en los momentos en que el Gobierno necesitaba la asistencia de toda la Cámara y de la opinión pública para cumplir su deber de una manera que, al mismo tiempo que le permitiera realizar íntegramente el cometido que tiene en la representación del país, le constituyera también en la plena responsabilidad de su cometido; pero restablecido el orden público, esta minoría había tomado el acuerdo de plantear esta cuestión, y por eso se encuentra preparada desde el primer instante para poderse adherir de un modo incondicional a esa proposición, en la que, no sólo no se envuelve ninguna censura contra el Gobierno, con motivo de los hechos de Sevilla, sino que ni siquiera presupone, remotamente, que el Gobierno pueda haber incurrido en ninguna responsabilidad, en cuanto afecta a la rectitud de los hombres que lo componen. Podrán haber ocurrido errores, podría, en algún caso, hasta haber ocu-

rrido un delito; pero el Gobierno jamás sería responsable de ello porque no puede conocerlo hasta este momento; habrá diferencias de matices políticos entre los Ministros, pero les une un ideal común, el honor, que no permite que ninguno de nosotros pueda suponer que, a conciencia de este Gobierno, se haya cometido en Sevilla ningún delito, como aquí se ha proclamado.

Nosotros decimos que somos los primeros interesados en que se nombre esa Comisión, a título de ministeriales, porque sabemos que de la obra de esa Comisión resultará, o que no se ha cometido ningún delito, en cuyo caso se desvanecen todas las sombras, o que, si se ha cometido, el Gobierno lo castigará con toda justicia y hasta con todo rigor; de modo que, en un caso, se restablecerá la verdad y, en otro, se restablecerá la justicia y, en todos, como interesa a la Cámara y al país, se restablecerá la rectitud del Gobierno y se salvará el honor de la República. He dicho.

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor Companys.

El Sr. **COMPANYS**: Para manifestar, como así lo han hecho otras minorías, la plena conformidad a la proposición presentada... (El Sr. **Samblancat**: No se averiguará nada. — **Rumores y protestas.** — El Sr. **Samblancat** pronuncia palabras que no se perciben y que levantan fuertes protestas.—Varios Sres. Diputados le increpan. Voces de: ¡Fuera, fuera!—El Sr. **Presidente** agita incesantemente la campanilla reclamando orden. Un Sr. **Diputado**: Pido la palabra para una cuestión de orden.)

El Sr. **PRESIDENTE**: Perdone el Sr. Diputado; está en el uso de ella el Sr. Companys. (Continúan los rumores y las protestas en contra de las manifestaciones del Sr. **Samblancat**, que no se perciben.—Voces de ¡Fuera, fuera!)

Restablecido el orden, dijo

El Sr. **COMPANYS**: Para significar la unanimidad absoluta de la minoría de izquierda republicana de Cataluña con respecto a la proposición que ha presentado la minoría socialista y para decir, además, que esta minoría sabe muy bien, aparte de las diferencias muy grandes que existen entre la norma y la tónica del Gobierno y nuestro pensamiento, que todos los hombres que ocupan el banco azul son hombres de honor; sabe muy bien que repudiaría a su conciencia y que no dejaría jamás sin castigo cualquier hecho que llegase a los extremos de que hablaba el señor Barriobero, y sabe asimismo que el Gobierno, en la averiguación de estos hechos, ha puesto ya por su parte la máxima lealtad y que ofrece su apoyo a la Cámara para que pueda nombrar esa Comisión como una asistencia que da a los impulsos de la opinión pública. (Muy bien.)

Luego, aprobada esta proposición, cuando examinemos la obra del Gobierno, que yo estimo dé derechas, reaccionaria, injusta y perjudicial para la paz de la República, hablaremos, no de estos hechos criminosos que toda conciencia honrada repudia, sino del tono general, del sentido de la represión; hablaremos de la ejemplaridad, que significa escarmiento, y, por lo tanto, significa venganza, que era la justicia en la época

salvaje. De eso ya hablaremos; pero repito que apoyamos la proposición que se ha presentado.

El Sr. **FRANCHY ROCA**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. **FRANCHY ROCA**: Muy brevemente, para hacer constar la adhesión de esta minoría de Alianza Republicana a la proposición incidental que, como trata precisamente de investigar, nada prejuzga y, por tanto, a nada conduciría su discusión.

El Sr. **VILLAR PONTE**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. **VILLAR PONTE**: En nombre de la Federación republicana gallega me adhiero también a la proposición incidental, creyendo que de ella saldrá esclarecido todo cuanto ha ocurrido en Sevilla y robustecida la autoridad del Gobierno.

El Sr. **TAPIA**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. **TAPIA**: Es un minuto, Sres. Diputados. Yo no sé si la Presidencia, cumpliendo el apartado 4.º del art. 11 del Reglamento, ha formado ya ese grupo de diez independientes, en el que estaría este humilde Diputado comprendido. Lo haya formado o no, yo tomo la voz de los independientes para sumarme también al deseo de que una Comisión parlamentaria investigue los sucesos acaecidos en Sevilla. Es la independencia quizá la luz mejor para una labor inquisitiva, y si no hubiera otra forma, yo rogaría a la Presidencia que sumase mi firma a las de la minoría socialista.

Perdone la Cámara si represento poco; pero respondo a un estado de mi conciencia, y cuando se representa a una conciencia se representa al universo. Nada más.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Blanco tiene la palabra.

El Sr. **BLANCO** (D. Carlos): Dos palabras nada más. Ante las manifestaciones terminantes que en nombre del Gobierno ha hecho el Sr. Ministro de la Gobernación, la minoría de la derecha republicana que tengo el honor de representar ha de votar desde luego esta proposición; pero lamentaría mucho—quiero hacer esta salvedad—que constituyera esto un precedente para el porvenir y que se considerara como obligatorio o como una insinuación para que constantemente el Poder legislativo pudiera invadir atribuciones del Poder ejecutivo, mientras no haya motivo para recelar que no cumple perfectamente su misión. (El Sr. **Fernández Clérigo** pide la palabra.)

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor Martínez de Velasco.

El Sr. **MARTINEZ DE VELASCO**: Nosotros, de poner algún reparo a la proposición que se acaba de formular, lo hubiéramos puesto por lo que puede quebrantar la autoridad del Gobierno; pero desde el momento en que el Sr. Ministro de la Gobernación no tiene inconveniente en aceptarla, desde luego tengo la satisfacción de manifestar que estamos dispuestos a votar la proposición.

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor Fernández Clérigo.

El Sr. **FERNANDEZ CLERIGO**: Para expresar mi adhesión a la tesis expuesta por el señor Blanco, en nombre de la minoría de derecha liberal republicana. Esta minoría, desde luego, se adhiere a la proposición y la votará absolutamente por las circunstancias que concurren en el caso, sin que ello pueda significar un precedente, dado el peligro que entrañaría la intervención de la Cámara en asuntos de esta naturaleza. **(Los grandes rumores que hay en el salón impiden oír bien al orador.)**

El Sr. **SAMBLANCAT**: Pido la palabra. **(Grandes rumores.)**

El Sr. **PRESIDENTE**: Ruego a la Cámara que deje a la Presidencia hacer las advertencias que considere del caso, porque está demostrado que las voces de todos los Sres. Diputados no sirven para establecer el orden.

Voy a conceder la palabra al Sr. Samblancat; pero después de que la use otro Sr. Diputado que la tenía pedida antes. Tiene la palabra el señor Beunza.

El Sr. **BEUNZA**: En nombre de la minoría vasco-navarra tengo que manifestar, con la mayor brevedad, que mereciendo el Gobierno, como se ha visto, la confianza absoluta de la Cámara, el nombrar una Comisión que fiscalice, en definitiva, cómo se han ejecutado órdenes del Gobierno, era a él a quien correspondía y la Cámara nada tenía que hacer, ya que de no haber merecido a la Cámara esa confianza entonces al Gobierno le tocaba marcharse; pero como vemos que hay unanimidad en el sentido de que se nombre esa Comisión, nosotros, que hemos venido aquí, no a oponernos a cuestiones de esta naturaleza, sino a colaborar en todo lo que podamos para que marche bien el Parlamento y hagamos a España el mayor bien posible, no nos oponemos a la proposición y puede aprobarse.

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor Samblancat.

El Sr. **SAMBLANCAT**: Señores Diputados, yo me opongo al nombramiento de la Comisión parlamentaria porque creo que la proposición es simplemente una maniobra ministerial y gubernamental para encubrir la política de orden del señor Ministro de la Gobernación. **(Grandes rumores.)** Ya sabe éste perfectamente lo que ha ocurrido en Sevilla, porque es cómplice de lo sucedido, y por lo mismo que es cómplice... **(Grandes rumores y protestas, que impiden oír el final del párrafo.)**

El Sr. Ministro de **HACIENDA** (Prieto): Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. Ministro de **HACIENDA**: Para manifestar, en nombre de todos los que estamos aquí **(Señalando al banco del Gobierno)** nuestra absoluta solidaridad con el señor Ministro de la Gobernación, y decir que si, a juicio del Sr. Samblancat, el señor Ministro de la Gobernación es cómplice de esos hechos a cuya investigación se niega el Sr. Samblancat, somos por igual cómplices todos los miembros del Gobierno. **(Muy bien.—Aplausos.)**

El Sr. **AYATS**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. **AYATS**: Comprenderéis, señores Diputados, que perteneciendo a la minoría de derecha liberal republicana, no he de hacer manifestación alguna que contradiga lo que ha dicho nuestro jefe don Carlos Blanco, pero tengo el deber moral de declarar ante la Cámara que me explico perfectamente la posición del Sr. Samblancat. **(Un señor Diputado: No tiene explicación.)** Me explico que el Sr. Samblancat tenga... **(Un señor Diputado: ¿Cómo habla S. S. en nombre de la derecha liberal si acaban de levantarse a hacerlo otros señores?—Rumores.)**

El Sr. **PRESIDENTE**: Verdaderamente que hay algo de abusivo en eso de hablar dos en nombre de una minoría. **(Un Sr. Diputado: Tres.—Rumores.)**

El Sr. **PRESIDENTE**: Yo ruego al Sr. Diputado que está en el uso de la palabra que guarde la disciplina, ya que no del Parlamento, por lo menos, de su grupo. Tienen derecho a hacer uso de la palabra los jefes o representantes de cada grupo para expresar su opinión, pero más no puede ser.

El Sr. **AYATS**: Yo no he hablado en nombre del grupo, sino en el propio.

El Sr. **PRESIDENTE**: Para hablar en nombre propio hay turnos, pero hasta ahora se ha dado amplitud mayor que la de los turnos. **(Varios señores Diputados, dirigiéndose al Sr. Ayats: ¡A la Asamblea! ¡A la Asamblea!—Rumores.)**

El Sr. **PRESIDENTE**: Ruego a S. S., Sr. Ayats, que termine pronto.

El Sr. **AYATS**: Yo acato la orden de la Presidencia. Aclaro que no hablaba en nombre de la minoría de derecha liberal republicana **(Un Sr. Diputado: Habla en nombre de la Unión Patriótica.)**; creía que era un deber mío de conciencia explicar mi posición; pero ya que la Cámara estima que no debo hacerlo, desisto y me siento."

Sin más discusión, y hecha la oportuna pregunta por el Sr. Presidente, quedó aprobada la proposición.

El Sr. **PRESIDENTE**: Se suspende la discusión.

Una vez que termine la sesión, están citados los jefes de minorías en mi despacho para resolver otros asuntos, y se aprovechará, además, esa reunión, para que lleven ya los nombres de los Sres. Diputados que han de formar parte de la Comisión que acaba de acordarse que se nombre. **(Un Sr. Diputado: ¿Qué número?)**

No dice nada la proposición; pero creo yo que puede entenderse que bastará con que de la Comisión forme parte un representante de cada grupo.

Se pondrán SS. SS. de acuerdo; hoy quedará designada esa Comisión y mañana se dará cuenta de ello a la Cámara. **(El Sr. Soriano: ¿Cuánto va a durar?—Rumores.)**

Señores Diputados, con objeto de que puedan reunirse los grupos para tomar acuerdos y después se pueda celebrar la reunión propuesta, si a SS. SS. les parece podemos pasar al segundo punto del Orden del día, que es la elección de

Comisiones permanentes; pero tengo que advertir que, por no haber llegado a la Presidencia las propuestas de los diversos grupos parlamentarios para la mayor parte de las Comisiones, no se puede celebrar más elección que la de la Comisión del proyecto de Constitución, ya que hemos procurado, por todos los medios, y hemos conseguido, que llegaran los nombres que integran la candidatura esta tarde, para que, sin demora ninguna, quedara constituida.

Por consiguiente, se va a proceder a la elección de la Comisión de Constitución."

Realizada la votación y hecho el escrutinio, dijo

El Sr. **SECRETARIO** (Ramos): Han tomado parte en la votación 242 Sres. Diputados. Han obtenido votos los siguientes señores:

- D. Ricardo Samper Ibáñez, 186.
- D. Emiliano Iglesias Ambrosio, 176.
- Srta. Clara Campoamor, 185.
- D. Justo Villanueva, 184.
- D. José Franchy Roca, 186.
- D. Mariano Ruíz-Funez García, 185.
- D. Luis Jiménez de Asúa, 186.
- D. Luis Araquistain, 186.
- D. Trifón Gómez, 186.
- D. Jerónimo Bugeda, 186.
- D. Enrique de Francisco, 186.
- D. Leopoldo Alas, 186.
- D. Fernando Valera, 186.
- D. Juan Botella Asensi, 186.

- D. Antonio Rodríguez Pérez, 69.
- D. Gabriel Alomar Villalonga, 72.
- D. Antonio Xirau Palau, 69.
- D. Alfonso García Valdecasas, 70.
- D. Juan Castrillo Santos, 69.
- D. José M. Gil Robles, 69.

- D. José Horn, 69.
- Sr. Ortega Gasset, 1.
- Sr. Sánchez Román, 1.
- Sr. Hurtado, 1.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Barnés): Quedan elegidos los 21 Sres. Diputados primeramente citados.

La Cámara quedó enterada de que había presentado su credencial en Secretaría el Sr. Diputado número 469, D. Alfonso Pazos Cid, Orense.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Barnés): Orden del día para mañana:

Continuación del debate pendiente.
Elección de las Comisiones de reforma del Reglamento, de gobierno interior, de examen de cuentas, de pensiones y de responsabilidades.
Se levanta la sesión."

Eran las nueve y veinticinco minutos.